8339

ENRIQUE GARCÍA ÁLVAREZ
y PEDRO MUÑOZ SECA

Pastor y Borrego

JUGUETE COMICO

EN DOS ACTOS, DIVIDIDOS EN CUATRO CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

SEGUNDA EDICIÓN

Copyright, by E. García Alvarez y P. Muñoz Seca, 1915

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1917

12

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/pastoryborregoju20912garc

PASTOR Y BORREGO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PASTOR Y BORREGO

JUGUETE CÓMICO

en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa

ORIGINAL DE

ENRIQUE GARCÍA ALVAREZ y PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenado en el TEATRO CERVANTES el 5 de Marzo de 1915

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.

TELÉFONO, NÚMERO 551

1917

A D. Torcuato Luca de Tena

a quien Gutenberg, si resucitase, abrazaría agradecidísimo.

Sus admiradores y amigos,

Enrique García Álvarez.

Pedro Muñoz Seca.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA	Sra. Alba (Irene).
CLARITA	Srta. Seguba.
ANTONIA	Sra. López.
DOMINICA	Srta. Calvo.
DOROTEA	Sra. Ríos.
SEVERA	Srta. Palencia.
POMPEYO	Sr. Simó-Raso.
NAPOLEÓN	Molinero.
JESÚS	Marchante.
LEÓN	Aguirre.
CÉSAR	Caba.
PEÑA	Meseguer.
PEROJO	Hidalgo.
GÓMEZ	Sapela.
ZAMBRANO	Hidalgo.
RODULFO	Guillot.
PELÁEZ	Caba.
MARCIAL	Sapela.
MASSINI	Perchicot.
MACÍAS	Guillot.
BAUTISTA	Vico.
BAEZA	Vico.
RAMÓN	García.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Telón corto de calle o plaza. En el lateral derecha un clásico y típico aguaducho y ante él un par de mesitas, con sus asientos correspondientes. Es de día. La acción en Madrid, época actual.

—

(Al levantarse el telón están en escena DOROTEA, una buena moza, ZAMBRANO, RODULFO y PELAEZ. Dorotea, es la dueña del aguaducho; Zambrano, es un tío como de cuarenta años, carnicero de los barrios bajos, en traje de gala; sentado ante la primera mesita de la derecha, lee un periódico. Rodulfo y Peláez, dos hombres de mediana edad y bien portados, sentados ante la otra mesita, conversan animadamente, entre sorbo y sorbo de cerveza.)

Rod. Te digo que es un hombre imposible. Me juró por la salvación eterna de su santa madre y por la vida de un hijo que tiene con una tía y una prima en Dos Hermanas, que ayer me remitiría, sin falta, las seiscientas veinticinco pesetas. Creo que después de esperarle cinco años, Job a mi lado es un frenético.

Pel. Incurable.

Rod. Bueno, pues ayer he recibido en unión de una peseta, el siguiente continental. (Saca una carta y lee.) «Entrañable Rodulfo: Estoy bajo el peso de uno de los dolores más la-

612496

cerantes que pueden padecerse en este asteroide, vulgo tierra. No puedo cumplir los dos bárbaros juramentos que le hice en el Monopol. Veo el alma de mi santa madre en medio de espantosas llamas y contemplo a mi vástago querido al borde de la meningitis. Ahí va una peseta por si puedo aliviar en algo estas dos hecatombes. Abra su víscera cardíaca al noble sentimiento de la compasión y perdone a este suyísimo idólatra, Q. E. L., P. Pastor.» ¿Eh? ¿Que te parece?

Pel. Escucha. ¿Qué quiere decir Q. E. L?

Rod. Que está loco: me lo dice aquí en una llamada. Como comprenderás esto es un timo.

Pel. Yo que tú daba parte.

Rod. ¿Pero cómo voy a dar parte de una peseta?

Pel. Lo que no comprendo es cómo te dejaste sacar esas seiscientas veinticinco pesetas, sabiendo como sabes que ese Pastor es un sinvergüenza.

Rod. Qué quieres: es un hombre que comienza a hablarte y te embauca Me propuso un negocio de paraguas, que yo me dije, esto va a ser un diluvio de perros, porque se trataba de unos paraguas que en cuanto les caía cuatro gotas, se abrían solos.

Pel. ¡Atiza!

Rod. Y podrían expenderse a una cincuenta.

Pel. ¡Menudo negocio!

Rod. Bueno, pues me encandiló, apoquino la luz para materiales, él me deja un violín Stradivarius en prenda, y a los quince días recibo la primera remesa de artefactos contra la lluvia. Los examino, y como no veía el mecanismo por ninguna parte, le escribo diciendo, ¿estos paraguas, por dónde se abren? Y me contesta: Esos paraguas se abren por la tela que es muy mala.

Pel. ¡Chavó qué tío!

Rod. Como podrás imaginar, me atufé y dudando ya de que el violín fuese un Stradivarius, me fuí a casa de un prestamista inteligente en instrumentos, se lo mostré, le dije... «seis-

cientas pesetas» y para que oyera sus voces me puse a tocar el violín.

Pel. ¿Qué te contestó él?

Rod. Pues una paradoja: que estaba tocando el violón, que aquello no valía arriba de catorce reales y que si quería por él treinta céntimos. Vamos, pa desplomarse.

Pel. Los hay frescos.

Rod. Lo que toca este Pastor, apaga un incendio con un suspiro.

Pel. Pues a ese Pastor le deja con chichonera un tal Borrego que yo conozco. ¡Señores, qué labia de hombre! ¡Con decirte que a mí, que no tengo un real, me sacó dos mil reales para la construcción de una dama-juana, que él llamaba la dama-juana cantora!

Rod. Me dejas frío; tú, ¿y qué era eso?

Pel. Pues una vasija para alcoholes, que le quitabas el tapón y tenía un mecanismo que principiaba a cantar: «Tápame, tápame, tápame...»

Rod. ¡Rediez!

Pel. Bueno, el día que me lo encontré y me dijo que no había podido construir la damajuana, porque como la música era tan bonita, en cuanto principiaban a sonar saltaba el cristal... por poco le ahogo.

Rod. ¡Hay cada pillo!

Pel. Bueno, tú, que ya habrá bajao don Napoleón a la oficina. Vamos.

Rod. ¿Pagas tú o pago yo?

Pel. Hombre, no quiero serte gravoso: paga tú.

Rod. Te lo preguntaba porque sí decías que pagara yo, te iba a replicar que no tengo dinero.

Pel. Está bien. (Llamando.) ¡Joven!

Dor. ¡Va!

Zam. (Volviendo la hoja del periódico.) A ver qué dice la guerra. Aquí está. (Leyendo) Desde Servia: Servios helados... ¿eh? Será servios helados.

(Dorotea se acerca a Rodulfo y Peláez; éste le da una moneda y Dorotea vuelve al kiosko en busca de cambio. En este momento entra en escena por la izquierda, POMPEYO, ilustre héroe de esta farsa. Este Pompeyo, es un hombre de cuarenta y cinco años, medianamente

trajeado. Gasta una luenga barba y conduce un enorme canasto lleno de estatuitas de yeso.)

Pom. Vendo barato. Estupendas reproducciones de las más notables esculturas del Partenón. El Apolo de Belvedere, la Diana de Versalles. Arte, elegancia, economía.

Rod. (Sin mirarlo.) No queremos nada.

Pom. Bustos de Wagner, Listz y Rossini que están hablando.

Pel. No se canse usted.

Pom. Abadía de Wesminster, cementerio de Génova, atrio de Pisa, pórtico de Nápoles, y... ¡espárrago, Rodulfo! (Se vuelve de espaldas para no ser visto por éste.)

Pel. (A Dorotea que le entrega unos perros.) Toma, para tí.

Dor. Muchas gracias.

Rod. Hasta mañana.

Dor. Vayan ustedes con Dios.

(Se van por la izquierda Rodulfo y Peláez.)

Pom. (Viéndoles irse.) Y el otro es Peláez: si me reconocen liquido por derribo. (Acercándose a Zambrano.) Vendo barato. Estupendas reproducciones de las más notables esculturas del Partenón.

Zam. Retírese y no moleste.

Pom. Caray, Zambrano. El cielo me lo envía. (Coloca el canasto sobre la mesa desocupada. Llamando a Dorotea.) ¡Pchs!

Dor. (Acercándose.) ¿Qué va a ser?

Pom. ¿Qué hay?

Dor. Vermout, cotteles, sidra, cerveza y gaseosa.

Pom. Digo que, qué cuentas.

Dor. Pitorreíto, ¿eh?

Pom. Tráeme media del Gaitero, que siempre ameniza.

Dor. En seguida.

Pom. (Llamando en voz baja.) Zambrano. (Zambrano mira a su alrededor y continúa leyendo.) ¡Zambrano!

Zam. ¿Quién es usted?

Pom. (Quitándose la barba postiza.) Un primo de León Tolstoy.

Zam. ¡Borrego!

Pom. No grites, que me comprometes.

Zam. Ven aca, hombre. (Pompeyo se guarda la barba en el bolsillo y se sienta junto a él.) ¿Tú con barba postiza y vendiendo esculturas?

Pom. Hay que agarrarse a una tachuela al rojo, que mira que es difícil.

Dor. (Con el servicio en la mano y buscando a Pompeyo.) Ya volverá: se ha dejado aquí el establecimiento. (Acercándose a Pompeyo.) ¿Qué va a ser?

Pom. Ya le he dicho que media del Gaitero.

Dor. (Sirviéndole.) Usted dispense (¿Será Frégoli?) (Se retira al kiosko.)

Zam. Bueno, chico, me has dejao a quince bajo cero.

Pom. (Bebiendo.) A tu salud.

Zam. ¿Me quieres decir qué significa esa barba y ese canasto?

Pom. Pues el canasto, las esculturas y la barba significa que no tengo dos reales.

Zam. Lo de siempre.

Pom. Me encontré a Ramoncillo Más, que se dedica a vender esto con el apellido de Massini, me metió en el negocio asegurándome que cada escultura me dejaría cuarenta y cinco céntimos limpios y yo dije: arreando.

Zam. ¿Y te dejan eso efectivamente?

Pom. Me dejan reventado, porque hay días que ando diez kilómetros y no vendo ni una cazadora.

Zam. ¿Cómo una cazadora?

Pom. Una Diana: bueno, me he llegado a convencer que todo esto es música; Wagner, Listz, Apolo... música. Las Dianas, músicas.

Zam. Pero escucha, ¿y lo de la barba?

Pom. Lo de la barba merece capítulo aparte. (Bebiendo.) A tu salud.

Zam. Que aproveche.

Pom. Pues lo de la barba, querido Zambrano, es como si dijéramos una cota de malla que me preserva de una de estacazos que no tienes idea. He abusado de la cándida confianza de más de cuatro amigos, y hay por ahí diez o doce prójimos que abrigan la jocosa idea de dar una pateadura a Borrego.

Zam. ¡Atiza!

Pom. Y otros diez o doce que sueñan con patear a Pastor.

Zam. ¿A qué Pastor?

Pom. U séase Borrego.

Zam. ¿Pero qué dices?

Pom. Pues digo que para unos soy Pastor y para otros Borrego. ¡Oh! Si llevase el mismo apellido para todos, sería horrible. De este otro modo, cuando una víctima de Borrego habla con una víctima de Pastor, hay aquello de ¡bah! ese Pastor es un santo, una torrija, al lado de un tal Borrego que yo conozco, y así, mientras unos me pelan... otros me dan jabón.

Zam. Eres único... ¿Cómo quieres que te llame?

Pom. Pompeyo, que es mi nombre de pila.

Zam. Pero vamos a ver, ¿tú no eras agente de una compañía de seguros contra incendios?

Pom. Sí, pero los incendios dejan muy poco. Ahorepresento a una compañía portuguesa de seguros contra el robo.

Zam. ¡Qué raro!

Pom. Una compañía muy seria; se llama «O terror de os sinvergonzas.»

Zam. Bueno, tú acabas en un pedestal.

Pom. Pues si tú supieras la martingala de que me valgo para hacer los seguros, de admiración me pagabas esta sidra.

Zam. Pagada: estás en mi mesa. Cuenta, que me tienes en brasas.

Pom. Con tu permiso. (Llamando.) Camarera; doble Aguila. Esto del Gaitero también es música. (Dorotea le sirve lo pedido.) Pues verás. Me presento en una casa de buen aspecto, reclamo la presencia del dueño, comparece y usando de esta elocuencia persuasiva que me es proverbial, le propongo el seguro en cuestión. Que acepta, pues un reconocimiento verdaderamente facultativo. Que me dice: le siento mucho, pero... ¡Catapúm!... Caigo en sus brazos como herido por una centella y con esta carita que no me negarás que es cadavérica... (Hace un gesto.)

Zam. ¡Refêretro, qué fisonomía! Bueno, ¿y qué pasa?

Pom. Pues pasa que el caballero se chupa un susto espantoso; llama a la familia, me acomodan sobre un sofá, una «chaise longue» o

una cama, que se dan casos, todo el mundo se asusta, se sobresalta, se aturde, yo descanso una hora que no es mucho y por fin suspiro, me estremezco, parpadeo, abro los ojos, dejo resbalar dos lágrimas cocodrilescas y digo compungido a los que me rodean... Debilidad... una debilidad que me consume. La reunión se enternece y viene un consomé, vienen dos o tres copitas de Málaga. Yo repito mi agradecimiento, repito que es debilidad, repito el Málaga y entre sorbo y sorbo les coloco una página folletinesca de mi vida. Una noche tenebrosa; un silbido, un balcón que se abre, tres enmascarados que entran y el robo, la miseria, el delirio. Apoyo la conveniencia de asegurarse contra los ladrones y salgo de allí, con el cuerpo reposado, el estómago caliente y una nueva póliza en el bolsillo.

Zam. Eres más grande que el Océano Pacífico.

Pom. Lo que tengo es una imaginación que sonríete de Dumas padre y congestiónate de risa de Dumas hijo. Claro que estas cosas suelen tener sus quiebras y si te digo que estoy amenazado de muerte no te engaño.

Zam. ¡Caray, túl

Pom. Hay en Madrid un mediquito que ha jurado tacharme del censo y lo veo a todas horas mojando la pluma.

Zam. ¿Quién es?

Pom. Un tal don Camilo Peña, médico de una casa de socorro y especialista en corrientes eléctricas.

Zam. Pues ese es muy bruto, Pompeyo.

Pom. Brutísimo y me preocupa. Bueno, la que le he jugado ha sido volcanesca. Bien sabe Dios que fué por hacerle caso, pero ha sido volcanesca.

Zam. ¿Qué fué, dí?

Pom. Pues nada, que yo, como sé algo de electricidad, entré en su casa de ayudante y a los pocos días de estar en su clínica, me llama y me dice: Lobo—bueno, esto de Lobo es un apellido que yo suelo usar en algunas ocasiones.

Zam. Comprendido: continúa.

Pom. Pues va y me dice: «Lobo, pase usted al gabinete de electricidad y sígale la corriente a un caballero que hay allí; yo tengo que llegarme a San Carlos.» Penetro y me encuentro con Requejo, un punto que el Polo a su lado es una calentura tifoidea; hola, Pastor, hola, Requejo, qué cuentas, qué haces .. total, que me dice, ¿qué te parecería si nos lleváramos todo este instrumental y lo puliéramos? A tus órdenes, le dije yo, y ocurrido y ejecutado.

Zam. ¡Qué barbaridad!

Pom. Excuso decirte; llegó Peña, puso el grito en el cielo y habló de mandarme a presidio, pero yo le puse cuatro letras diciéndole: «Como usted me encargó que le siguiera la corriente, puede usted dar gracias á Dios que no se le ocurriera llevarse el mobiliario, porque por mí se lleva hasta el estuco.»

Zam. Bueno, el que escriba tu historia se hace de oro.

Pom. ¡Bah!

Zam. Escucha, ¿y tu sobrino?

Pom. Me ha salido rana; ni lo veo ni lo entiendo. Resulta que está bien colocado y que va a casarse con una muchacha rica.

Zam. ¿Quién es ella?

Pom. ¡Anda, pues si yo lo supiera, menuda vida me estaría yo dando a costa de la futura familia! ¡Pero ya lo sabré y ya caeré en la casa! Hay más días que longaniza.

(Siguen hablando. Por la derecha, entran en escena, MARCIAL, guardia de Orden público, muy poco marcial y BAEZA, agente de policía.)

Mar. Dicen que suele venir por aquí algunas tardes, de modo que con un poco de paciencia... ¡Mi madre!

Baeza ¿Dónde?

Mar. Aquí tiene el canasto de las estatuas.

Baeza Ya es nuestro.

Mar. Bueno, ¿pero dónde está el pájaro?

Baeza Preguntaremos. (Se acerca a Pompeyo.) Ustedes perdonen; soy agente de policía.

Pom. ¡Oh!

Baeza ¿El tío que vende estas estatuas, uno con barba larga y negra?

Pom. Ah, sí. ¿Como se llama?... ¡Pintado! No hace dos minutos que estaba en esa mesa tomando un bock de cerveza y de pronto, dijo: Caray, las cuatro; a ver si pierdo el tren, me voy al mediodia, y salió escapado. Yo le dije a éste, caramba con Pintado, ¿pues no se va a las cuatro y dice que se va al mediodía? ¿Verdad?

Zam. Sí. (¡Señores, qué skatín de hielo!)

Baeza Pues nos hemos caído.

Mar. A mí se me ocurre un raciocinio; ¿cómo es posible que se haiga marchao dejando acá toda esa yesería?

Pom. ¡Bah! No lo conoce usted, dos mil quinientos uno. (Por el Guardia el cual lleva dicho número.)

Zam. ¿Y qué ha hecho ese sinvergüenza?

Mar. Nada, que con eso de la estatuaria ha timado a un sin fin de gente.

Pom. ¡Hola!

Mar. Sí, señor, y un caballero ha presentado la correspondiente denuncia.

Pom. Cuando yo te dije, Zambrano...

Mar. Figúrese usted que rifaba a dos cincuenta la papeleta un magnífico grupo escultórico, representando una hermosísima dama sentada en regio carro del cual tiran uncidas dos majestades de la selva. Y luego se ha puesto en claro que lo que rifaba era la fuente de la Cibeles.

Pom. ¡¡Zambrano!! (Zambrano no sabe dónde mirar.) ¿Pero tú oyes, Zambrano?

Zam. ¡Déjame, hombre! Los hay que acatarran.

Baeza ¡Y que no podamos atrapar a ese granuja! Como desconocemos su domicilio...

Mar. Nos trae de cabeza; por su culpa llevamos tres días con hoy haciendo títeres.

Pom. ¿Que llevan ustedes tres días haciendo títeres? Pues yo tengo una pista.

Mar. ¿Una pista?

Pom. Para que caiga en el lazo.

Baeza Hombre, nos haría usted el mayor de los favores.

Pom. Oído.

Zam. (¡Señores, qué asombro!)

Pom. Yo no sé dónde vive Pintado, pero sé dón-

de vive su amigo Massini, que es quien le proporciona esa cacharrería. De manera que se me ocurre esta idea Sherlojólmica. Aquí este simpático mantenedor del orden toma ese canasto que debe pesar lo suyo y acompañado del celoso detective que me escucha, se planta en casa de Massini, hasta cuyo portal yo tendré un verdadero gusto en acompañarle. Suben al quinto piso, entregan el susodicho canasto y aguardan tranquilamente la llegada de esa urraca tempanesca.

Mar. Es usted un padre nuestro.

Pom. ¡Ave María, señores!

Baeza Pues no hay más que hablar.

Pom. Eso, guardia, coja usted ese canasto.

Mar. Ayúdeme usted, señor Baeza. (Entre Marcial y Baeza colocan bien las figuras.)

Zam. (Aparte a Pompeyo.) (¿Pero qué intentas?)

Pom. Hombre, que me lleven el canasto, porque, chico, pesa que desvencija.

Zam. No tienes par.

Pom. Pues verás ahora. (A Baeza.) Tendré una verdadera satisfacción en cooperar al castigo de ese granuja, porque esos sinvergüenzas que hacen rifas apócritas desprestigian a los que nos vemos en la imperiosa necesidad de ganarnos un mendrugo de pan rifando honradamente cosas de verdadero valor. Hace un mes que llevo trescientas papeletas de la rifa de un solitario divino y no he podido colocar más que tres o cuatro, y cuidado que el precio es una vergüenza.

Mar. ¿A cómo las vende?

Pom. A una veinticinco. Un solitario buenísimo; cuantas personas lo han visto me han dicho: amigo Becerra, ¿cómo rifa usted a tan bajo precio un solitario tan bueno?

Baeza ¿Se apellida usted Becerra?

Pom. Para servirle.

Mar. Deme usted una papeleta, amigo Becerra.

Baeza Y a mí otra.

Pom. Muy agradecido; ahí va. (Se las da y las cobra.)

Mar. Pues cuando usted guste.

Pom. En seguida. Adiós, Zambrano. No me esperes. Tengo que acompañar a estos dos ami-

gos Luego iré a casa a dejar dos cuarenta y después pienso ir a hacer una operación de seguros y ya sabes que suelo invertir en ello un par de horas.

Zam. Pero escucha. Con permiso.

Baeza Usted lo tiene.

Zam. (Aparte a Pompeyo.) (¿Dónde está ese solitario?)

Pom. (¡Primo! ¡En una ermita de Córdoba!) (A los demás.) Andando. (Tomando a Baeza del brazo.)

Mar. Rediez, lo que pesa esto.

Pom. Hombre, a ver cuándo me presenta usted al director general de Seguridad. Deseo hacerle un seguro...

Zam. (Pero qué fresco eres.) (A Pompeyo.)

Pom. (A Zambrano.) Fresco es poco; yo me tiro por un balcón y cree la gente que está granizando. No te ocupes de eso. (Telón.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Habitación amueblada con suma elegancia. Puerta de entrada a la izquierda, último término. Dos balcones al foro y dos puertas en el lateral derecha. En primer término de la izquierda y frente al espectador, una «chaise-longue» y a la derecha una mesita y dos butacas; encima de la mesita una bandeja con pastas, pasteles, botella con licor y un cuchillo de postre.

—

(Aparecen en escena DOÑA ELENA, señora de la casa en traje de soirée y DOÑA ANTONIA, con sombrero y en plan de visita. Ambas frisan en los cincuenta años. Al levantarse el telón está Elena abatida y llorosa.)

Ant. Vamos, Elena, no lagrimees.

Elena ¿Pero tú sabes lo que yo sufro, Antonia de mi alma? No sé cómo siendo tan cardiaquísima no he sucumbido ya.

Ant. Vaya, ábreme tu pecho, acaso a mí se me ocurra alguna idea salvadora.

Elena Tú sabes, querida Antonia, que antes de casarme con Napoleón Coronel tuve relaciones cuatro años con Adolfo del Campo, aquel perdis que afortunadamente marchó

a Buenos Aires y del cual nadie ha vuelto a saber.

Ant. Lo sé. El tal del Campo era una verdadera calamidad.

Elena Pues bien, desde que me casé, Napoleón no ha dejado de tener celos de él ni un solo día.

Ant. ¿Es posible?

Elena Unos celos otelianos, horrible, y ahora con motivo sin duda de la agudísima neurastenia que padece, estos celos se han recrudecido de tal modo que, no te exagero, mi vida es el más cruento de los calvarios.

Ant. ¡Pobre Elena!

Elena Si callo, es que pienso en él; si hablo y río, es que me aturdo para olvidar su imagen.

Ant. ¡Jesús!

Elena Desde hace quince días sostiene que del Campo está en Madrid, y como él no le conoce personalmente, todas las personas se le antojan del Campo. ¡Horrible, querida mía! Ayer vino a verme Felipe Flores, mi primo, y mira si estará obcecado que creyó que era Flores del Campo... y por poco le da un jabón.

Ant. Sí que estás divertida.

Elena Me vuelvo loca buscando un ardid para disipar sus dudas, sus celos y no lo hallo. (Ruido de voces dentro.) Nuestras hijas, disimulemos. (Limpia sus ojos. Por la segunda puerta de la derecha entran en escena CLARITA, hija de doña Elena, y DOMINICA, hija de Antonia.)

Clar. ¡Pues celebro que te hayan gustado!

Dom. Hemos estado viendo los regalos. Son todos lindísimos. Sobre todo ese anillo de los cuatro solitarios es una preciosidad.

Elena Anda, Antonia, otra pastita.

Ant. No, Elena, he comido mucho y me da miedo.

Elena A ver este coco.

Ant. Me da muchísimo miedo.

Elena ¿Y tú, Dominica?

Dom. Ay, no señora. He tomado dos pitisúes, un hojaldrado y un mil y pico de hojas y no me cabe más.

Elena Como quieras, mujer.

Clar. ¿Y por qué no ha venido María Antonia?

Ant. Porque no sale a la calle.

Elena Esperando, ¿eh?

Ant. Esperando. ¡Está más tonta! Se le ha metido en la cabeza que va a ser niño.

Elena ¡Jesús!

Dom. Y Domingo está en la misma creencia.

Ant. Domingo está que destila almíbares.

Clar. ¿Y cómo piensa llamar al primogénito?

Ant. Domingo, como su padre. Diles otra cosa y has reñido con ellos para siempre. Como que los dos están locos pensando en el Domingo que viene.

Elena ¿Pues qué va a pasar?

Clar. Hablan de la criatura, mamá.

Elena ¡Ah! sí. A veces tengo la cabeza...

Ant. ¿Y cuándo piden la mano de Clarita?

Elena El día primero.

Ant. ¿De modo que dentro de poco serás la señora de la Sierra?

Dom. (A Clara.) ¿Y quién te pide?

Clar Un amigo de León.

Ant. ¿Pero León no tiene parientes?

Elena Carece de familia y eso nos ha movido a compasión. Tenía un tío, un tal don Toribio de la Sierra, pero afortunadamente murió hace tiempo. Digo afortunadamente, porque de vivir don Toribio, no hubiésemos aceptado las pretensiones de Leoncito. Aquel hombre, según dicen, era un completo sinvergüenza, con el que no era posible emparentar (Por la puerta de la izquierda entra en escena DON JESUS, un señor como de cuarenta años, bien parecido y mejor trajeado.)

Jesús Hola, buenas tardes.

Clar. Hola, tío Jesús.

Elena Ven con Dios, hombre. (Presentándole.) La señora de Pinto, su hija... Mi hermano. (Saludos.)

Clar. ¿Has visto a papá, tío Jesús?

Jesús He estado un momento en el despacho, pero allí hay un pelma queriéndole hacer un seguro y no he querido que me dé a mí también la tabarra.

Elena No has debido dejar solo a Napoleón; ya sabes lo irascible que está de continuo por

causa de la dichosa neurastenia y si ese caballero se pone pesado, es capaz de tirarle la prensa.

Jesús Poco daño le hará.

Elena Digo la prensa de copiar.

Jesús Ah, entonces le hace cisco.

Nap. (Dentro, gritando.) ¡Elena!... ¡Clara... ¡Severa!...

Elena ¿Eh?

Clar. ¿Qué pasara?

Nap. (Como antes.) ¡Ramón!... ¡Elena!... ¡Clarita!...

Elena Corre, Clarita.

Clar. Sí. (Mutis por la izquierda.)

Elena Con el permiso de ustedes. (Mutis.) ¡Ay! le debe haber dado la neurastenia.

Ant. ¿Qué ocurrira?

Jesús ¡Nada; neurastenia!

Nap. (Como antes.) ¡Jesús!... ¡Ramón!...

Jesús ¡Atiza! Ustedes perdonen (Mutis.)

Dom. Mamá, aquí debe pasar algo gordo.

Clar. (Entrando.) ¡Ay, perdonadnos!

Ant. ¿Qué sucede?

Clar. A un caballero que estaba hablando con papá y que le ha dado un accidente. (Llama a voces por la primera puerta de la derecha.) ¡Ramón! ¡Ramón! ¡Venga usted al despacho! (Haciendo mutis por la izquierda.) Vuelvo en seguida.

Ant. Pues sí que es un contratiempo. Corra, corra usted. (Ramón, criado de la casa, atraviesa la escena de derecha a izquierda.)

Dom. Qué apuro.

Ant. Mira, voy a llevar a María Antonia unas pastas.

Dom. ¡Mamá!

Ant. Diez o doce nada más. ¡Como son de casa de Martincho!

Dom. Sí que es una explicación. (Doña Antonia llena el bolso de pastas.)

Nap. (Dentro.) Por aquí, pasarle por aquí.

Elena (Dentro.) Sí, a la chaise-longue del gabinete.

Ant. ¿Pero nos van a traer al accidentado?

Dom. Sí que es un espectaculito.

(Entran en escena por la izquierda, primero ELENA y CLARA, luego NAPOLEON, JESUS y RAMON, que traen como pueden él exánime cuerpo de POMPEYO.)

Elena Despacio.

Ant. ¡Pobre señor!

Clar. ¡Y está rígido!

Nap. Vamos a tenderle en la chaise-longue.

Jesús ¡Ajajá! (Lo acuestan en la «chaise-longue».) ¡Vaya un tío pesado!

Nap. No lo sabes tú muy bien.

Jesús Quítele las botas, Ramón; le daremos unos pediluvios por si se trata de ataque congestivo. (Ramón obedece y le quita las botas.) Tú, Napoleón, desabróchale el cuello. (Napoleón lo hace.)

Nap. Hay que avisar al médico de la casa de Socorro.

Elena Anda, Clarita, di a Severa que corra a buscarle.

Jesús Y tráete una manta de paso.

Clar. En seguida. (Vase por la segunda derecha.)

Jesús Espera; voy a tirarle con todas mis fuerzas del dedo corazón por si es un ataque cardíaco. (Lo hace.)

Pom. (¡Qué bruto!)

Elena ¡Pobrecillo!

Dom. ¿Sabes a quién se da un aire, mamá? A aquel que hace dos meses nos vendió unas papeletas de la rifa de un loro...

Ant. Es verdad.

Elena ¡Ah! ¡Sí!

Ant. Por cierto que les tocó a las de Ramírez y tuvieron que malvendérselo al rifante, porque el indigno del loro las ponía en ridículo: se pasaba las horas gritando: «Aquí me matan de hambre.»

Elena Pero cuánto tardan en traer esas mantas. Voy yo en un salto. (Mutis por la derecha.)

Nap. Este hombre no vuelve y ese médico va a tardar dos horas. Anda, Ramón: vuela a la Casa de Socorro y tráetelo en un coche.

Ram. Sí, señor. (Se va por la izquierda.)

Jesús Napoleón, frótale las piernas, mientras esta señora y yo le levantamos los brazos. ¿Sería usted tan amable, señora?

Ant. Con mucho gusto. (Deja el bolso sobre la mesa y ayuda a don Jesús.)

Jesús ¿No tienes un frasco de sales?

Dom. Voy a ver si tiene Clarita. (Se va por la derecha.)

Jesús Si no hay sales, éter o algo fuerte.

Ant. Ahí en mi bolso tengo unas hojas de una planta india de aroma tan penetrante, que no se conoce nada más fuerte. Las llevo por mi Dominica, que es la personificación del histerismo. Espere usted!

Jesús No se moleste usted. (Toma el bolso y lo abre.) No veo las hojas, aquí no hay más que unas pastas.

Ant. (¡Dios mío!) Busque, busque, entre las pastas deben estar las hojas. Están envueltas en un papel de plomo.

Jesús En efecto: estas deben ser.

Ant. Justamente.

Jesús (Desenvuelve las hojas, las huele y cae desvanecido en una silla; don Napoleón, doña Antonia y Dominica que entran en este momento, acuden a socorrerle.) ¡Ay!

Nap. ¿Qué es eso?

Ant. ¡Dios mío!

Dom. ¡Ay!

Nap. ¡Jesús! ¡Jesús!

Pom. (Incorporándose.) (Caray; pues si me dan a oler eso, con la debilidad que tengo me la he buscado.)

Ant. (A Jesús.) ¡Caballero!

Jesús (Estornudando.) ¡Atchís!

Nap. ¡Jesús!

Jesús (Abriendo los ojos,) Gracias, muchas gracias. (A Antonia.) Pero, señora, ¿qué he olido yo que he creído morirme?

Pom. (Menudo rato me espera.)

Ant. Es que tendrá usted el estómago cargado; cuando se tiene el estómago vacío produce el efecto contrario.

Pom. (Menos mal.)

Elena Aquí están las mantas, traigo dos grandes de lana y esta otra mantilla por si acaso.

Nap. ¿Has traído la almohada?

Elena No. Le pondremos esta mantilla a la cabeza.

Pom. (Voy a parecer una maja.)

Elena Ayudadme. (Entre todos le colocan una manta a guisa de almohada y le tapan con las otras dos.)

Nap. Remétele bien para que reaccione.

Ant. (Con las hojas en la mano.) A ver ahora. (Se las aplica a la nariz.)

Pom. (Maldita sea tu corazón.)

Elena No se inmuta. Dejémosle tranquilo. Bueno, ¿y cómo ha sido? (Antonia guarda las hojas.)

Nap. Pues nada, que este hombre entró en mi despacho diciendo que venía a verme de parte de un tal Garrido, me dijo que se llamaba Montes y comenzó a hablarme del Tempranillo, de los Siete niños de Ecija y del Perdales; yo pensé: me quiere suscribir a una novela por entregas, cuando de pronto se descuelga proponiéndome un seguro contra el robo en la Comañía «O terror de os sinvergonzas.»

Elena ¡Qué raro!

Nap. Bueno, me molestó, me levanté súbito y dispuesto a poner fin a la conferencia le dije seriamente tendiéndole la mano: «He tenido mucho gusto...» Y noto que me la oprime hasta hacerme daño, que palidece y que cae sobre mí balbuciendo un ¡Ay, mi madre, que me dejó frío.

Elena ¡Dios santo!

Ant. ¡Qué apuro!

Nap. Figúrese usted, y yo solo en el despacho, porque Rodulfo y Peláez habían salido a pagar a la gente.

Dom. ¡Qué espanto!

Jesús Pues lo que acabas de contarnos corrobora mis sospechas, Napoleón.

Pom. (¡Caray!)

Jesús Su aspecto famélico, su traje en desuso, el mezquino negocio que te proponía... No cabe duda. Ese desmayo no es más que un poco de debilidad orgánica. Hambre, querido Napoleón.

Nap. Puede que no te equivoques.

Elena Miradle; abre la boca.

Jesús ¿No lo dije? Un hambre espantosa.

Elena ¡Pobrecillo! Voy a decir que le preparen algún refrigerio, un consomé, un bisté y alguna compota. Que vea que ha caído entre personas de buen corazón.

Nap. Sí.

Elena Dios mío, que vuelva. (Vase.)

Pom. (Ya lo creo que vuelvo; en cuanto que vea el bisté.) (Forman grupo los demás y hablan.) (Caramba, y qué manera de sudar; parece que

me han echado encima un chubesqui. Comenzaré a dar señales de vida.) (Gruñe y se estremece.)

Jesús ¿Eh?

Nap. Se ha movido. (Se acercan a él.)

Elena Está como un tomate.

Nap. Dentro de cinco minutos tenemos hombre. (Por la primera puerta de la derecha aparecen CLARITA y LEON. Este es un muchacho como de veinticinco años, muy elegante.)

León Me dejas atontado, qué cosa tan desagradable. (Saludando.) Señores. ¡Oh, doña Antonia! ¿Qué tal, Dominica? ¿Y usted, don Jesús?

Jesús Bien, Leoncito, gracias.

León (A Jesús.) Ya me ha contado Clarita lo ocurrido y lo califico de muy desagradable.

Jesús Desagradabilísimo.

León El sólo relato de ataque tan insólito me ha puesto nervioso, nerviosísimo.

Clar. Pobre hombre; míralo, está ahí.

León ¿A ver? (Se acerca, ve a Pompeyo, y tiene que sujetarle don Napoleón para que no se caiga.) Rebote...

Clar. (Asustada.) ¡León!

Jesús ¡Muchacho!

Nap. ¿Qué te pasa?

León Nada, los nervios, la impresión, venía nerviosísimo, y al ver a mi... digo, a... (¡Bueno, lo acogoto!)

Clar. Pero...

León ¡Señores!

Pom. (¡Este va a meter la pata!)

León Señores, tengo que revelar a ustedes una cosa que yo la califico de horrible.

Clar. ¿Eh?

León De espantosa.

Nap. Me asustas, León.

León Ese hombre que está ahí tumbado, privado y arropado, es el granuja más grande que ha visto la luz..

Ant. ¿Es posible?

León Tan grande, que el Atlántico a su lado, es una gárgara.

Pom. (¡Qué ladrón!)

León (A Napoleón.) ¿A que le ha querido vender a usted papeletas para la rifa de una pianola?

Nap. No.

León Menos mal, porque esa pianola no toca nunca. Entonces ha venido a proponerle la venta de bufandas en la Siberia.

Nap. Tampoco; me propuso un seguro contra el robo.

León Eso es novísimo. Bueno, tiene una imaginación peligrosa.

Clar. ¿Pero tú le conoces?

León Sí, y cuando ese hombre vuelva a la vida, yo me juego el todo por el todo, pero aquí habrá una tragedia de Esquilo.

Jesús ¡León!

Clar. ¡Leoncito!

León ¡De Esquilo! A mí no me toma nadie el pelo.

Pom. (Este León es una fiera.)

Nap. ¿Pero, por qué dices?...

Elena (Entrando.) Napoleón, el médico. Ha llegado el médico.

Nap. (Acercándose a la puerta de la izquierda.) En efecto. (Hablando hacia el lateral.) Por aquí, tenga la bondad.

(Entran en escena PEÑA y MARCIAL, el guardia del cuadro anterior.)

Peña Para servir a usted.

Pom. (¿Esa voz?)

Peña Perdonen la presencia del guardia, pero está ordenado que en estos casos...

Nap. ¡No faltaría más!

Peña ¿Dónde está el atacado?

Elena Aquí, reconózcale usted.

Peña (Acercándose a Pompeyo y reconociéndole.) (¡Recáncamo, Lobo!)

Pom. (¡Mi madre, Peña!)

Peña (¡Ya era hora!)

Pom. (¡Este tío me mata!)

Peña Vamos a ver; vamos a ver. Fuera mantas. (Le quita las mantas.)

Elena Está sudando como un pollo. ¿No?

Peña No importa. Quitémosle la americana. (Se la quitan.) Un instante de silencio. (Le ausculta, dándole para ello golpes en el pecho y en el abdomen.) (Este sinvergüenza no tiene nada. (Le toma el pulso.) Por lo visto se vale ahora de esta estratagema... (Dando por terminado el reconocimiento) Bueno; te has caído.) Señores, he terminado.

Elena ¿Le ha reconocido usted bien?

Peña En cuanto le vi.

Nap. ¿Y qué?

Peña Señores, la ciencia nada tiene que hacer en este caso.

Elena ¿Cómo?

Jesús ¿Eh?

Peña Este hombre ha muerto.

Elena ¡Ay! ¡Que soy cardíaca!... ¡Que soy cardíaca!

Clar. ¡Mamá! Ven; vámonos. (Llevándosela.)

Ant. Sí; vámonos.

Dom. ¡Ay, qué miedo! (Se van por la derecha Antonia, Elena, Dominica y Clara.)

León ¡Muerto! (¡Gracias a Dios!)

Pom. (Ya dije que este tío me mataba.)

Nap. ¡Qué compromiso!

Jesús ¿Y qué hacemos?

Peña Nada. Yo enviaré dos camilleros para que lo lleven al depósito de cadáveres.

(Pompeyo lanza, horrorizado, una especie de ronquido. Todos brincan del susto.)

Peña No se asusten ustedes, son gases.

Mar. (Mirando a Pompeyo por encima de la «chaise longue».) (¡Recasco! Este tío es el sinvergüenza de Bcerra, el que nos engañó esta tarde. ¡Bien muerto estás, ladrón!)

Pom. (¡Atiza!)

Peña (A Napoleón.) Estén ustedes tranquilos, yo certificaré que la muerte ha sido natural. Ahora se lo llevarán al depósito y dentro de media hora le estarán haciendo la autopsia.

(Pompeyo se cae de la «chaise longue».)

Jesús ¡Que se cae! (Jesús y León le suspenden y colocan de nuevo en la «chaise longue».)

León No hay duda; ha fallecido.

Jesús Tiene el sudor frío de la muerte.

León Y se le ve la herradura.

Sev. (Criada de la casa, entra por la última puerta de la derecha, con una bandeja y servicio.) Señorito, aquí está el bisté para ese caballero.

Nap. Llévatelo, el pobre acaba de morir.

Sev. ¡Ay! (Se le cae el plato del bistek.)

Pom. (¡Qué lástima de bistél) (Severa lo recoge y se va por donde vino.)

Peña (Encendiendo un cigarro.) Qué susto se ha llevado la pobrecilla. En cambio, nosotros, los

médicos, estamos tan familiarizados con la muerte, que no nos produce la menor emoción. (Dándole unos cuantos cachetes a Pompeyo.) ¡Ah, muerte, muerte!... (Se separa de él.)

Pom. (Si no estuvieran aquí León y el guardia, resucitaba y le daba el primer metido.)

Rod. (Saliendo por la izquierda, seguido de PELAEZ.) ¡Qué barbaridad!

Pel. ¡Qué espanto!

Rod. Acaba de decirnos Ramón...

Jesús ¡Horrible!

Pel. ¿Pero es cierto lo de la muerte?

Nap. Ciertísimo; ahí están sus restos.

Rod. ¡Qué enormidad!

Pel. ¡Qué brutalidad! (Se acerca a Pompeyo.)

Rod. ¡¡Pastor!!

Pel. ¡¡Borrego!!

León ¿Eh?

Nap. ¿Pero qué dice usted?

Rod. Tenía que morir así este sinvergüenza.

Pel. Este ladrón.

León ¿Pero le conocen ustedes?

Rod. Buscándole estaba yo para pegarle un tiro.

Pel. Y yo para patearle.

Peña ¿Pero no se apellida Lobo?

Mar. No, señor; Becerra.

Rod. Qué Becerra, hombre: Pastor.

Pel. Quita, hombre; Borrego.

Peña Ya no se llama más que cadáver. Señores, lamento la desgracia y ya saben dónde me tienen. ¡Ah! Conviene que abran el balcón, por si sobreviene una descomposición rápida.

Jesús Sí, señor. (Lo abre.)

Nap. León, acompaña al doctor.

León Por aquí, doctor. (Se van por la izquierda, Peña, León y Marcial.)

Nap. Jesús, mira a ver si Elena se ha impresionado mucho con esta desgracia. Yo voy al despacho y vuelvo en seguida. (Mutis de Napoleón por la izquierda y Jesús por la derecha.)

Pom. (¡Qué frío! Estoy pasando desde la zona tórrida hasta el Polo Norte.)

Rod. Bueno, me gustaría que resucitara para darle así en el vacío...

Pel. Anda, hombre, resucita, que te la vas a ganar. ¡Maldita sea!...

Rod. En fin, *requies can in pace.*

Pel. *Glorian tuan.* Vámonos a trabajar. Un pillo menos.

Rod. Un cocido más. (Se van por la izquierda.)

(Al quedar la escena sola se incorpora Pompeyo, se sienta, mira cautelosamente en todas direcciones y respira a sus anchas.)

Pom. El infierno de Dante es un cuento baturro comparado con esta tragedia sofocliana, de la que soy protagonista. Porque hay que fijarse: si resucito me asesinan y si no resucito me hacen la autopsia. Y luego hablan de los logaritmos. A Pitágoras, que en paz descanse, le presento yo este teorema y acaba por confesarme que es un cerrojo. Claro, que otro cualquiera estaría a estas horas con camisa de fuerza y riendo sardónicamente, pero yo, que a filósofo no me ha ganado Platón, voy a comer de estas pastas, a libar de estos licores y voy de paso a dejar esculpida esta frase: «Satanás, no te lleves a Pompeyo al infierno, porque lo enfrías.» (Come y bebe.) Lo que son las coincidencias. Venir a parar a casa de la novia de mi sobrino, donde tengo tan buenos amigos, y asistirme el doctor Peña, que es otro amigo. ¡Qué corazón de hombre!... Yo he conocido corazones duros, pero como este corazón de Peña... (Turbándose de nuevo.) ¡Cáscaras! Oigo pasos. (Entra Ramón, el criado, coge las botas de Pompeyo y la bandeja de las pastas y hace mutis.) ¡Resiberia! Me ha limpiado el comedero y se ha llevado mis botas. Claro, el muy truhán se habrá dicho: ¡para lo que tiene que andar ese hombre!... Bueno, hay que idear un plan de fuga. (Acostándose de nuevo.) Gente viene.

(Por la puerta de la izquierda apareee LEON, misteriosamente. Mira a todos lados y cierra la puerta.)

León Puesto que, gracias a Dios ha muerto, ocultaré que era mi tío, pero tengo que registrarle, por si lleva algún documento que descubra su verdadero nombre y me comprometa. (Toma la americana de Pompeyo.)

Pom. ¿Qué hace? (Le mira con disimulo.)

León (Saca del bolsillo de la americana muchos papeles y los va examinando.) «Proyecto de un ferrocarril

de vía estrecha por la Gran Vía... Mil acciones a quinientas pesetas...» (Sonríe León.) De estas buenas acciones tendrá muchas.

Pom. (¡Las mil!)

León (Por otro papel.) «Se rifa un solitario divino...» ¡Bah! «Se vende un hotel en Leganés; en el manicomio darán razón.» Mi tío estaba loco. (Desdoblando un pliego y leyendo.) «Suscripción a favor de un bizarro coronel retirado, herido en Jatapula, Méjico. El conde de Bermeja, treinta céntimos.» Le daría los treinta céntimos para quitárselo de encima.

Pom. (Naturalmente.)

León «Manuel Fernández, Pez, uno», nada. (Leyendo una tarjeta.) «Pompeyo Pastor, representante de la fábrica de pastas finas para sopas «El primer plato..» Bueno, este hombre hacía de todo. (Leyendo otra tarjeta.) Nada, no hay nada que me comprometa. ¿A ver? (Vuelve a registrar y saca una moneda de diez céntimos.) Un perro grande.

Pom. (Ladrando.) ¡Guau, guau!

León (Saltando en seco.) ¡Mi madre!

Pom. (Incorporándose.) ¡No, tu tío!

León (Más muerto que vivo.) ¡Ay!

Pom. ¡Sinvergüenza!

León (Sin querer dar crédito a lo que ve.) ¡Pero, usted... vivo! ¡Mi tío... mi único tío vivo! ¡El tío!...

Pom. Sí; el tío vivo, pero anda, que tú, menudo columpio estás hecho.

León ¡Tío Toribio!

Pom. ¡Sinvergüenza!

León (Amenazador.) ¿Pero qué farsa es esta? ¿Qué se propone usted? ¿Cómo estando muerto ha vuelto a la vida? ¿A qué ha venido usted aquí? ¿A comprometerme? ¿A deshacer mi boda?

Pom. No me preguntes tantas cosas, porque me aturdes, hijo.

León (Furioso.) Pues bien, ¡no, no! (Toma un cuchillo de postre que ha quedado en un plato sobre la mesita.) No me compromete usted. Han dicho que está usted muerto; el médico ha certificado su defunción, puedo matarle a usted impunemente, miserable. (Le amenaza.)

Pom. ¡León, por Dios, deja ese cuchillo de postre, y empecemos por el principio!

León ¡Silencio, canalla! ¡Baje usted la voz!

Pom. ¡Pues baja tú el cuchillo, porras!

León En esta casa sabían que mi tío Toribio de la Sierra era un timador, un canalla.

Pom. Me ofendes, León.

León Yo dije que había usted muerto; es preciso que ignoren que usted vive.

Pom. Lo ignorarán; hace tiempo que no empleo mi verdadero nombre. Pierde cuidado. Yo haré lo que tú mandes, lo que tú ordenes, pero, caray, depón esa actitud. León, me das miedo.

León ¡Si alguien viniese! Tiéndase usted en esa chaise longue. (Obedece Pompeyo.) Así, (Arrodillándose a su lado.) y ahora, escuche usted.

Pom. Di; pero cálmate, Leoncito; todo tiene arreglo en este mundo.

León Si no quiere usted morir a mis manos, obedézcame.

Pom. Ciegamente.

León (En voz baja.) Yo procuraré alejar de aquí a la gente y cuando no haya nadie, salta usted por ese balcón; como es piso bajo, le será fácil.

Pom. Oye, que no tengo botas.

León ¡Silencio!

Pom. Bueno, hombre.

León Mientras haya gente aquí, continuará usted haciéndose el muerto. Le va en ello la vida.

Pom. Escucha.

León Silencio, repito.

Pom. Por la memoria de tu madre, dame quince pesetas para unas botas, que las mías se las ha llevado el criado.

León Ni un céntimo.

Pom. Por lo menos dame la perra gorda esa que te has guardado...

León (Notando que se abre la puerta.) ¡Silencio, o le extrangulo!

Clar. (Asomándose por la segunda puerta de la derecha.) León.

León (Sin volver la cara.) ¡Mi novia!

Clar. ¿Qué hace?

León (Rezando.) Padre nuestro, que estás en los cielos...

Clar. Qué buenísimo es: está rezando por el difunto. Le dejaré en tan santa ocupación. (Vase cerrando la puerta.)

León Gloria al Padre, al Hijo...

Pom. (Bajo, dándole con el pie.) No te canses, que ya se ha marchado.

León Pues este es el momento.

Pom. ¡Calla!

(Entra RAMON por la segunda puerta de la derecha. Trae muy limpias las botas de Pompeyo.)

León Padre nuestro, que estás en los cielos...

Ram. (Por las botas.) La señora tiene razón, siquiera que lo amortajen con las botas limpias. El señorito León le está rezando. A nadie se le había ocurrido. Hay que ser piadosos. (Deja las botas junto a la «chaise-longue», se arrodilla y reza.) Padre nuestro, que estás en los cielos...

León (Se levanta santiguándose.) Bueno, ya has rezado bastante; retírate.

Ram. Pobrecillo; el que haya sido un sinvergüenza, no quita...

León Bien, bien; puede marcharse.

Ram. Sí, señor. No somos nadie Hace un instante vivo, y dentro de una hora en rajas como el salchichón. (Se va por la derecha, último término.)

León ¡Pronto! ¡A la calle!

Pom. Espera que me ponga las botas.

León En la calle se las pondrá usted. A lo mejor viene alguien, y si le ven con las botas puestas...

Pom. Tienes razón.

León Huya usted, yo voy a entretener a la familia. (Se va por la segunda puerta de la derecha.)

Pom. (Coge las botas y se acerca al balcón.) ¿Estará la calle expedita? Porque si me ve alguien saltar... Atiza, una pareja. (Vuelve a mirar.) Y ella es guapísima. Pues cualquiera salta ahora; me ven con las botas en la mano, me toman por un ladrón... (Soltando las botas y corriendo a la «chaise-longue».) Alguien viene. (Se tumba.) Pompeyo, a la «chaise-longue».

Elena (Seguida de JESÚS, por la segunda puerta de la derecha.) Pasa, Jesús.

Jesús Me pones en cuidado, Elena.

Elena Aquí no nos oye nadie.

Jesús Pero ese misterio...

Elena Jesús, creo que me he salvado para siempre.

Jesús Habla.

Elena Dios me perdone esta supercheria, pero ese desgraciado puede devolvernos a todos la tranquilidad.

Jesús No te comprendo, Elena.

Elena Voy a llamar a Napoleón y voy a decirle: Napoleón, ese hombre que vino a proponerte un seguro, no es Montes, como te dijo, es Adolfo del Campo.

Pom. (¡Caray!)

Jesús ¡Elena!

Elena De este modo, viéndole muerto, terminarán sus celos, y esta casa será un emporio de paz y alegría.

Jesús Sí, la idea no es mala; pero, ¿lo creerá? A este hombre le han llamado unos Lobo y otros Borrego y otros Pastor.

Elena Le juraré que es falso; que este Borrego, que este Lobo, que este Pastor son del Campo.

Pom. (Esta señora me va a meter en un lío.)

Elena Mira. (Saca un retrato.)

Jesús ¿Qué es eso?

Elena Un retrato mío antiquísimo. Escribe en él, desfigurando la letra, lo que voy a dictarte.

Pom. (¿No lo dije?)

Jesús (Disponiéndose a escribir.) Lo hago por salvarte: dicta.

Elena (Dictando.) Mujer infame: aunque me has dejado por ese imbécil de Napoleón, y tuviste la avilantez de decirme que no me habías querido jamás, yo sigo adorándote. Tú me odias y yo te idolatro, Adolfo.

Pom. (Me van a dar pocas.)

Elena Ahora colócaselo en el bolsillo de la americana. Yo voy a llamar a Napoleón. (Hace mutis por la segunda derecha.)

Jesús (Guardando el retrato en la americana de Pompeyo.) Bueno, yo creo que tú no vas al depósito, y si vas es para que te echen en un brasero, porque Napoleón te hace cisco; no quiero presenciar la cremación. (Se va por la derecha.)

Pom. Señores, no hay derecho. Se me están arreglando las cosas de una manera, que no doy

dos reales por la víscera más importante de mi cuerpo. Aquí hay que irse antes que venga ese tío que es Napoleón y Otelo en una pieza. (Se acerca al balcón.) Y la pareja en el mismo sitio. ¡Caramba, qué trabajo le cuesta convencerla!

León (Por la derecha.) ¿Pero está usted aquí todavía?

Pom. ¡Caray, qué susto me has dado!

León Váyase o lo mato.

Pom. Pero, hombre; si es que hay gente al pie del balcón.

León ¡Malhaya sea!

Pom. Mira, vete a la calle, y cuando no haya nadie, me silbas.

León Pero...

Pom. Deprisa, porque me amenaza un grave peligro. Corre.

León Corro. (Vase por la izquierda.)

Pom. Vaya una faenita la del retrato. Bueno, si salgo de esta y me encuentro un día en el fondo del mar Adriático, estaré más tranquilo que en esta «chaise-longue». Tenía razón Zambrano: el que escriba mi historia se hace de oro. ¡Caray! (Se hace el muerto.)

Elena Pasa, Napoleón, (Entrando por la puerta de la izquierda.) y no te excites.

Nap. ¿Pero le he tenido cerca de mí, cuando aún vivía, y mis manos no han puesto fin a su existencia?

Elena Napoleón, la muerte sólo toca a Dios.

Pom. (¡Señores, qué cómica!)

Nap. ¿Y estás segura de que es él?

Elena Le reconocí desde el primer momento, y para evitarte un crimen, callé mi secreto; ahora que ya está muerto, no me importa repetírtelo: ese miserable es Adolfo del Campo.

Nap. ¡Ah, ladrón, canalla!...

Elena Buscó sin duda el pretexto del seguro para acercarse a mí, pero Dios es justo, Dios es infinito.

Pom. (Esta tía es la Dusse.)

Nap. Dudo aún, acaso te engañes... Espera, quizá lleve algún documento que acredite su personalidad.

Elena ¿Es que no me crees? ¡Napoleón!

Nap. Sí, deseo creerte, pero aquí le han llamado Borrego, Pastor y... (Registrando la ropa de Pompeyo.)

Elena Estoy segurísima: puedo jurártelo.

Nap. Veamos. Papeles... (A Elena.) Son papeles. Cartas... son cartas. (Sácando el retrato.) ¡Ah!... ¡Cielos!... ¡Mira!

Elena ¡Oh! ¡Un retrato mío! ¡Gran Dios!

Pom. (¡Qué Dusse; la Sara Bernard!)

Nap. (Leyendo la dedicatoria.) ¡Oh! ¡Elena... Elena... Amor mío, perdóname! ¡He sido un insensato, un loco!

Elena ¡Napoleón!

Nap. (Zamarreando a Pompeyo.) ¡Miserable! ¿Por qué no resucitas para que pudiese arrancarte la vida poco a poco? (Silbido dentro.)

Pom. (El momento es como para levantarse.)

Nap. ¡Elena mía! (La abraza. Nuevo silbido.)

Pom. (Como si aplaudieras.)

Nap. ¿Ves cómo no me engañaba cuando te decía que Adolfo del Campo estaba en Madrid? Tenía la certeza de ello.

Elena ¿Pero cómo lo sabías?

Nap. Ya puedo decírtelo: porque hace dos semanas la casa La Puerta y Compañía, de Buenos Aires, me envió para él treinta y cinco mil pesetas.

Elena (¡Dios mío!)

Pom. (¡Mi abuela, qué ocasión!)

Elena (He metido la pata.)

Rod. (Por la izquierda.) Ahí están los camilleros que vienen por ese hombre.

Nap. Que pasen. Vámonos, Elena; no quiero presenciar esta escena desagradable.

Elena Sí, vámonos. (¡Perdóname, Borrego!)

Rod. ¡Que Dios te perdone, Pastor!

Nap. Al fin y al cabo te perdono, del Campo.

Rod. ¿También del Campo?

(Mutis de Napoleón y Elena. Entran en escena PEROJO y GÓMEZ, camilleros.)

Per. Buenas tardes.

Góm. ¿Es este el difunto?

Rod. Este es. (Silban dentro.)

Pom. (Ahora voy.)

Per. ¿Cómo se llamaba este caballero?

Rod. Como ustedes gusten.

Góm. ¿Eh?

Rod. Que no lo sé con certeza.

Per. Bueno; hala, tú.

Pom. (Sin botas, ni americana, ni sombrero...)

Góm. ¡Andando! (Le suspenden entre los dos.)

Rod. ¡Pobre hombre; después de todo, me da lástima!

(Los dos camilleros, conduciendo a Pompeyo, inician el mutis por la izquierda. Dentro se escucha un silbido.)

Pom. (¡Ahora sí que voy!) (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Telón corto de calle. En el foro, puerta de una taberna. Sobre la puerta, el siguiente letrero; «El Delirio de Noé». Vinos y cervezas. Es de día.

—

(Al levantarse el telón están conversando de pie, contra la puerta de la tasca, BAUTISTA el tabernero y MASSINI, un tipo algo achulado.)

Baut. Pues, como lo oyes, querido Massini; con hoy lleva tres días sin poner los pies por aquí, lo cual que me extraña, porque me adeuda siete cincuenta.

Mas. Ese me huye el bulto, pero donde le encuentre le hago natillas.

Baut. Hazle otra cosa, porque si le haces natillas, rebaña.

Mas. Valiente sinvergüenza.

Baut. ¿Pero también se ha atrevido contigo el tal Borrego?

Mas. ¿Y con quién no? Figúrate, querido Bautista, que hace medio mes que viendo yo a ese fresco con un bostezar que se le desencajaban las mandíbulas, se me ocurrió meterle en mi negocio de las estatuas y le di para que me las expendiera una docena de ellas, amen Jesús de un grupo de las Tres Gracias, que era un asombro. Bueno, pues se me

eclipsó el hombre diez días hace, y esta tarde se me presentan en casa un agente y un guardia conduciendo el canasto de la estatuaria y diciéndome que iban a esperar a un tal ese de Tortosa, que se había permitido rifar la Cibeles.

Baut. ¡Caray!

Mas. Comprendí que se trataba de alguna jugarreta de Pompeyo, recuento las figuras y noto que me falta un Apolo, una María Antonieta, un Pío Nono, dos o tres papas más y una Venus de Medices.

Baut. ¿Qué me dices?

Mas. Lo que oyes.

Baut. Digo que ¿qué Médices era?

Mas. Un papa florentino.

Baut. Ya.

Mas. Bueno: pues me alboroto, insulto al guardia y al agente, y con estatuas y todo, fuimos a parar a la Comi.

Baut. Gachó.

Mas. El comisario me interroga, me toma la filiación y me dice: «Puede usted marcharse», y yo que necesitaba entregar a un cliente un grupo de las Tres Gracias y un Apolo de Belvedere, le interrogo: ¿Puedo llevarme las figuras? Y va y me dice que quedaban allí como prueba de convicción.

Baut. ¡Atiza!

Mas. Pero yo que soy un longui, voy a guisa de cobeo y reparto unos puros y entonces me dieron las Gracias.

Baut. Lo de cajón.

Mas. Quiero decir que me dieron las Gracias y el Apolo, pero las demás estatuas se han quedado en la Comi. Nada, que ese sinvergüenza me ha metido en un lío, amén Jesús de robarme, y donde me lo encuentre lo pateo.

(Continúan hablando en voz baja. Por la izquierda entran en escena PEROJO y GÓMEZ, conduciendo una de esas camillas cubierta de lona blanca que sirven para el transporte de heridos. Vienen cansadísimos.)

Per. (Leyendo el letrero de la tasca.) Oye, tú: ¿hacemos alto? Porque esto es «El delirio».

Góm. Como quieras. (Dejan la camilla en el suelo.)

Per. Te lo digo porque dan aquí un vino que

ingieres un litro, y como si hubieras hecho poleas; las arrobas se te convierten en gramos...

Góm. ¿Es verdad eso?

Per. No te digo más sino que hace un mes pasamos por aquí transportando un piano de cola, García, Rodríguez, Montoya y el que habla, que soy yo; entremos, nos tomemos dos frascos, carguemos de nuevo con el instrumento, y cuando alguien nos preguntaba ¿qué llevais ahí? contestábamos nosotros: una flauta.

Góm. Pues pa luego es tarde, Perojo; vamos al gimnasio, a bien que el difunto no nos lo va a creticar. Hola, señor Bautista. (Entran en la taberna.)

Baut. ¡Hola, buena gente!

Mas. En fin, voy a ver si me tropiezo con el canalla de Borrego. (Viendo la camilla.) ¡Rediez! Debe ser algún enfermo.

Baut. No; los camilleros son del depósito, el que va ahí dentro va apañao. Lo que es la vida, Massini: ese gachó ayer tan fresco, y hoy más fresco todavía.

Mas. ¿Será hombre o mujer? Voy a ver. (Mira por una mirilla que tendrá la camilla.)

Baut. ¿Qué es?

Mas. Está boca abajo.

Baut. Requiescat in pace.

Mas. Bueno, ahí te quedas.

Baut. Hasta luego y buena suerte.

Mas. Daría doscientas pesetas por tenerle a dos pasos. Adiós. (Bautista entra en la taberna. Massini al pasar junto a la camilla se descubre y dice gravemente.) Que Dios te perdone como te perdono yo. (Vase por la izquierda.)

Pom. (Asomando la cabeza por la mirilla.) Para el que te crea. Ahora que el saludo no me lo hace más fino el señor Duque de Tamames. (Suena dentro la bocina de un automóvil.) ¡Caray! Ahí viene un auto Y estos brutos me han dejado en medio del arroyo. (Llamando con voz atiplada.) ¡Camilleros!... ¡Camilleros!... Se ha parado, menos mal. Bueno, no hay duda. Ha llegado el momento de la resurrección. Pero, ¿dónde voy yo sin botas y en mangas

de camisa? No hay más remedio. La calle está desierta. Pompeyo, al arroyo.

(Sale de la camilla y hace mutis por la izquierda. Un instante de pausa, y vuelve a entrar en escena conducido por MACÍAS, guardia de Orden público.)

Mac. No sea usted loco y vuélvase a la camilla.

Pom. Mire usted, guardia, que usted desconoce...

Mac. Ustedes los enfermos tienen una falsa idea de los hospitales; no quieren ir a ellos, pero luego se alegran.

Pom. Es que, mire usted, yo...

Mac. Vuélvase a la camilla y no objete.

Pom. Es que tengo que decirle...

Mac. Mire que llamo a los camilleros.

Pom. ¡No! Eso no. No quiero comprometerles... Tengo el exantemático y... menudo susto se iban a llevar.

Mac. ¡Rediez! Encamíllese o tiro de la hoja.

Pom. Sí, señor; en seguida. (Metiéndose de nuevo en la camilla.) Pues se me está complicando la fuga.

Mac. Estos enfermos de contagio son de cuidado. Vigilaré. (Se va por la izquierda.)

León (Entrando en escena, ocultando un paquete bajo la americana.) ¡Aquí está!... ¡Por fin!... (Asomándose a la taberna.) Los camilleros están libando. Esta es la ocasión. (Acercándose a la camilla con gran disimulo.) Seamos cauto. (De espaldas a la camilla.) ¡Tío Toribio!

Pom. ¿Quién?

León Soy yo; prudencia.

Pom. ¿Cómo Prudencia?

León Digo prudencia, como podía decir precaución...

Pom. (Asomando la cabeza.) ¡Leoncito!

León Le he seguido a usted desde la casa de don Napoleón y le he comprado unas zapatillas. (Se las da.) Póngaselas y huya.

Pom. Eres mi Providencia, pero ya podías haberme comprado unas botas.

León Y si vuelve usted a poner los pies en casa de mi novia, le asesino.

Pom. Pierde cuidado.

León Vamos, huya.

Pom. Sí.

León Quieto; aguarde usted. Hay un guardia en la esquina.

Pom. ¿No te has fijado en el número?

León No se distingue.

Pom. Digo en el número de las zapatillas; yo calzo un cuarenta y dos, y me has traído un treinta y nueve.

León El guardia no se va.

Pom. Me está vigilando: escucha.

León ¿Qué?

Pom. Da la vuelta a la esquina y pide socorro para que el guardia se vaya y pueda yo salir.

León Es que...

Pom. Hazlo, porque si yo me veo en el depósito, me muero del susto.

León Sea; pero que yo no le vuelva a ver en mi vida.

Pom. Bueno, hombre, bueno. (Vase León por la derecha.) ¡Caramba! Estas zapatillas no me entran, y como tengo este ojo de gallo tan enorme, me molesta una atrocidad. Claro que ahora tengo que tener mucho ojo, pero no tanto.

León (Desde dentro.) ¡Socorro!... ¡Socorro!

Mac. (Atravesando la escena de izquierda a derecha.) ¡Válgame Dios! ¡Me ha tocado en suerte un distrito!... (Mutis.)

León (Dentro.) ¡Socorro!...

Baut. (Saliendo de la taberna.) ¿Qué pasa? (Entra otra vez en la taberna.)

Pom. Vaya, ha llegado la mía; ahora o nunca. (Se tira de la camilla y hace mutis por la izquierda. Salen de la taberna PEROJO y GÓMEZ, un poco mas alegres de la cuenta.)

Per. (Cantando.) Adiós, Ninón... Usted lo pase bien, Ninón...

Góm. Escucha tú... Parejo... Perijo... Perujo... como te apellides.

Per. Perojo.

Góm. Vamos a cargar, que se nos va a echar la noche encima.

Per. La noche encima... Con esto que hemos bebido no te importe, podemos con ella. Verás ahora qué diferencia de fuerza.

Góm. Pues hala.

Per. Aguarda a que encienda. (Se dispone a encender un cigarro.)

Baut. (Que salió con los camilleros de la taberna.) ¿Qué era, guardia?

Mac. (Que sale por la derecha.) Nada, uno que llamaba a su señora, que se denomina Socorro.

Baut. Ya podía haberla llamao por el apellido.

Mac. Eso le dije yo, pero resulta que el apellido es Piedad, que viene a ser lo mismo.

Per. (Disponiéndose a cargar con la camilla.) ¡A una!... (La suspenden.)

Góm. ¡Recorcho!

Per. ¿Eh? ¿Estás viendo?

Góm. Esto no pesa na.

Per. ¿No te lo dije? Es que este vino da una fuerza, que ahora mismo un luchador de greco-romana a tu lao es... un flan.

Góm. (Haciendo flexiones con la camilla.) Es un asombro...

Mac. (A Perojo, por la camilla.) El pájaro quería irse.

Per. ¿Qué pájaro?

Mac. El que está ahí dentro.

Per. El que... (Ríe burlon.) ¿Oyes esto, Gómez?

Góm. ¿Qué dice aquí el distinguido?...

Per. Que el que va aquí dentro quiere irse.

Mac. ¡Pobre exantemático, le van a levantar un dolor de cabeza como para él solo.

Per. (Riendo.) ¡La ha pescao de visión!

Góm. ¡Arrea!

Per. Vamos. (Inician el mutis, dando un balanceo a la camilla más que regular.) Adiós, Ninón... Usted lo pase bien, Ninón... (Vanse.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración y muebles que en el cuadro segundo del primer acto.

—

(Al levantarse el telón es casi de noche. La escena está a media luz, el balcón del foro continúa abierto, no se ven por ninguna parte las botas ni la americana de Pompeyo. Están en escena ELENA y CLARITA. Elena toma una taza de tila.)

Elena Enciende la luz, hija mía; esta semi-obscuridad me conturba.

Clar. (Obedece.) Vamos, mamaíta, tranquilízate por Dios.

Elena No puedo, hija, no puedo.

Clar. Bébete esa taza de tila.

Elena Estoy nerviosísima; como soy tan cardíaca, me siento completamente descentrada.

Clar. Pero mamaíta, por Dios. ¿No se han llevado ya a ese hombre? ¿Qué temores te asaltan?

Elena Son puerilidades, hija mía, pero siempre me ha ocurrido lo mismo. Cuando murió tu pobre tío Juan José, le estuve viendo durante tres años como te veo a ti ahora.

Clar. ¡Jesús!

Elena No te exagero. Estaba en casa y Juan José. Iba a la iglesia y Juan José. Iba al teatro y Juan José. Además, en esta ocasión se me ha metido en la cabeza que ese pobre desgraciado no padecía más que un ataque cataléptico, que pueden inhumarle vivo y me horrorizo, Clarita, me horrorizo.

Clar. ¡Jesús! Mamá, qué cosas se te ocurren.

Jesús (Por la izquierda.) ¡Hola!

Elena (¡Gracias a Dios!) Mira, Clarita, déjanos solos un momento, tengo que hablar reservadamente con tu tío.

Clar. Sí. (Aparte a Jesús.) A ver si usted la tranquiliza; está de lo más nerviosa.

Jesús Pierde cuidado.

(Vase Clara por la segunda derecha.)

Elena (Con marcada angustia.) ¡Qué! ¿Has visto a ese hombre?

Jesús No.

Elena ¡Dios mío!

Jesús No está en Madrid.

Elena ¡Virgen de las Angustias!

Jesús Llegué a la portería, pregunté por don Adolfo del Campo y me repuso el portero que don Adolfo estaba de caza con varios amigos en una finca denominada «La Gloria»... Sí, dijo la Gloria... y que ignoraba cuando volvería.

Elena ¡Qué compromiso, qué apuro! Si ese hombre vuelve a Madrid y se presenta a cobrar las treinta y cinco mil pesetas... Figúrate, Jesús. ¡Mi farsa descubierta!... Qué creerá Napoleón de mí.

Jesús — Pero, mujer, sabiendo que del Campo estaba en España, ¿cómo te atreviste?...

Elena — Yo no sabía nada; le suponía en Buenos Aires, Jesús. ¡Estoy perdida! ¡Perdida!

Jesús — Vamos, cálmate; aquí estoy yo: cuenta conmigo. Vigilaré su casa y cuando regrese de esa cacería, le entregaré las treinta y cinco mil pesetas, sin que tenga que venir aquí para nada. Yo veré cómo me las arreglo.

Elena — ¡Gracias! No sé cómo podré pagarte este favor. Estoy que me ahogo en una taza: figúrate, con lo cardiaquísima que soy.

Jesús — Ea, pues calma; cálmate, Elena.

Elena — Pides un imposible. Desde que se llevaron el cuerpo de ese infeliz, no hago más que pensar que no está muerto, que ha sido epilepsia, catalepsia, que va a presentarse aquí para darnos las gracias y mira. (Dándole la mano.) Bajo cero.

Jesús — ¡Mujer, por Dios! ¿Pero estás loca? ¿No oiste al médico certificar su defunción? Vamos, Elena; ese hombre está más muerto que los Reyes Católicos.

Elena — ¡Qué sé yo! Si no fuera abusar, te pediría otro nuevo favor, Jesús.

Jesús — Pídeme lo que quieras.

Elena — ¿Por qué no te llegas al depósito, para ver por ti mismo?...

Jesús — Sí, mujer, sí; me llegaré al depósito. Ahora mismo; pierde cuidado.

Elena — ¡Qué bueno eres, Jesús!

Jesús — Nada; ahora iré, pero vete de aquí, sin duda es esta babitación la que te hace fantasear de esa manera.

Elena — Acaso tengas razón.

Jesús — Anda, anda...

Elena — ¿Vendrás a decirme?...

Jesús — Te lo prometo; sí. Dentro de un rato estaré de vuelta.

Elena — Gracias, muchas gracias. (Mutis por la segunda derecha.)

Jesús — ¡Pobrecilla! Dudar de que ese hombre está a la diestra de Dios Padre, es dudar de que ahora es de noche. Yo le toqué y era un témpano; pero claro, lo que a la pobre le sucede es para hacer dudar a un espárrago.

Yo me voy al Casino un rato y dentro de veinte minutos vengo y la digo que lo he visto en la mesa de disección hecho pedazos. (Haciendo mutis por la izquierda.) ¡Lo que traen los celos! (Al salir se cruza con Severa que viene acompañada de César del Campo. Saluda a éste con una inclinación de cabeza y se va.)

Sev. ¿A quién anuncio, caballero?

César A don César del Campo.

Sev. Haga el favor de tomar asiento.

César Muchas gracias. (Vase Severa por la primera derecha.) No sé si al oir mi apellido querrá entrevistarse conmigo, porque según me dijo Adolfo, con la neurastenia, se le han recrudecido los celos. Y creo que además de neurasténico es bastante bruto. Ya veremos. Me molestaría muchísimo salir de aquí sin las treinta y cinco mil pesetas.

Nap. (Por la primera derecha.) (¡Qué visita más violenta, a qué vendrá este hombre!) ¿Caballero?

César ¿El señor Coronel?

Nap. Para servir a usted.

César Yo soy César del Campo.

Nap. Muy señor mío. Tome usted asiento.

César Muchas gracias. (Se sienta.)

Nap. Usted dirá.

César Supongo que habrá usted recibido de Buenos Aires, un giro a favor de mi hermano Adolfo.

Nap. Sí, señor; de la casa La Puerta y Compañía.

Cesar ¿Cuándo ha girado La Puerta?

Nap. Hace quince días.

Cesar Perfectamente. Pues bien, mi señor hermano, por razones que usted no ignora, no puede presentarse en esta casa a cobrar esa cantidad y ha delegado en mí para hacerla efectiva; traigo todos los oportunos justificantes.

Nap. Está bien, caballero. (¿Y cómo le digo yo a este hombre que su hermano ha muerto?) ¿Hace mucho tiempo que no ve usted a su hermano?

César Hace ocho días, está de caza con unos amigos en una finca próxima a Guadalajara... En una quinta...

Nap. (Este hombre no sabe nada.)

César Yo tengo necesidad de ausentarme mañana y me precisa esa cantidad.

Nap. Caballero, lo siento mucho, pero le voy a dar a usted un golpe espantoso.

César (Levantándose.) ¡Cáscaras!

Nap. ¿Usted sabe dónde está su hermano?

César Le digo a usted que sí; en la Gloria.

Nap. Entonces ha recibido usted ya el golpe.

César ¿Eh? (Este tío tiene cuarenta y décimas.)

Nap. Pero como le ví esa corbata salmón...

César Qué tendrá que ver la corbata...

Nap. Pensé, y usted perdone: este señor no sabe una palabra de nada.

César (Picado.) Le advierto a usted, que soy catedrático de griego.

Nap. Mi enhorabuena, pero yo me refería a lo de su hermano que en la gloria siga.

César Hasta el lunes nada más, porque tiene que asistir a un banquete.

Nap. ¿A un banquete? (Este hombre no sabe nada.) Caballero, vuelvo a insistir en lo del golpe.

César Y dale.

Nap. Porque me parece que usted ignora la triste suerte de su hermano.

César ¿Eh? ¿Qué dice usted?

Nap. Su hermano Adolfo ha estado en esta casa hoy mismo.

César ¿En esta casa?

Nap. Y... no se alarme usted... (Se lo diré poco a poco.) Ha salido... muerto.

César ¡Mi hermano!... ¡¡Muerto!! (Se sienta abatido en la «chaise-longue».)

Nap. Le dió un ataque, un vahido, no sé qué y falleció en esa misma *chaise-longue*.

César ¡Dios mío! (Se levanta horrorizado.)

Nap. De aquí le han llevado al depósito judicial.

César ¡Qué horror! ¡Adolfo! ¡Hermano mío! (Llora.)

Nap. Comprendo su atribulación y me duele haberle comunicado tan triste nueva.

César ¡Pobre hermano mío! Corro al depósito a verlo por última vez.

Nap. Señor del Campo, la muerte todo lo borra; deploro su dolor cual si fuese mío.

César Señor Coronel, su compañía me es muy

grata, pero tengo un triste deber que cumplir. Corro al depósito.

Nap. Corra; lo comprendo.

César (Haciendo mutis por la izquierda secándose las lágrimas.) ¡Pobre Adolfo! ¡Pobre hermano mío!

Elena (Por la derecha.) ¿Qué ocurre, Napoleón? ¿Quién es ese hombre que sale llorando?

Nap. Un hermano de Adolfo del Campo. (Elena se queda de una pieza.) Aunque le he comunicado la noticia con todo género de precauciones, el pobre va al depósito judicial transido de pena.

Elena (Dejándose caer en la «chaise-longue» y medio desfallecida.) ¡¡Ay, Dios mío!! (Levantándose súbito y como si viera aún en la «chaise-longue» el rígido cuerpo de Pompeyo.) ¡El!

Nap. ¡Elena! ¡¡Elena!! ¿Pero qué es esto? ¡Elena!

León (Por la puerta de la izquierda.) ¿Eh? ¿Qué sucede, don Napoleón?

Nap. Elena que se ha puesto mala. Ayúdame.

León Doña Elena, señora.

Elena (Reponiéndose.) Nada; no es nada.

León Pero ¿qué ha sido?

Nap. Que ha estado aquí César del Campo, un hermano de ese hombre que falleció en nuestros brazos, como aquel que dice, Elena le ha visto llorar y se ha impresionado.

León Dice usted que un hermano de mi... vaya, de ese que ha muerto aquí... ¿no? ¿Y lloraba? No es posible.

Nap. Es una historia que tú desconoces, León; ese hombre que ha fallecido se llamaba Adolfo del Campo.

León (¡Bueno! ¡El delirio!)

Nap. Voy a decir que te hagan una taza de tila.

Elena Gracias, Napoleón.

Nap. ¿Estás tranquila?

Elena Sí

Nap. Bien, te dejo con Leoncito y vuelvo con don Zacarías a quien he dejado solo en el salón de billar.

Elena Sí; vete tranquilo; ya estoy bien.

Nap. Hasta ahora. (Vase por la puerta de la derecha.)

León (¡Adolfo del Campo!) Pero oiga usted, doña Elena, ¿quién ha dicho que ese hombre se llamaba del Campo?

Elena — Mira, hijo, no me preguntes porque estoy ya que no asunto. Con lo cardiaquísima que soy y estos continuos sobresaltos...

León — (Bueno, mi tío es inconmensurable.)

Jesús — (Por la puerta de la izquierda.) Ya estoy aquí.

Elena — Jesús.

Jesús — Adiós, Leoncito. (A Elena.) Puedes estar completamente tranquila, Elena. Vengo del depósito judicial.

León — (¡Atiza!)

Elena — ¿Y qué?

Jesús — Ya habían llevado a ese hombre.

León — (¡No pudo escapar! El susto que habrá pasado el infeliz.)

Jesús — Chica, horrible.

León — ¿Eh?

Jesús — Le he visto hacer la autopsia.

León — (Dejándose caer en la «chaise-longue».) ¡Ay!

Elena — ¡León!

Jesús — ¡Muchacho!

León — ¡Ay!

Jesús — ¡Pero, hombre!

León — ¡Qué horror! (¡Pobre tío Toribio!) ¿Y dice usted que ha visto?...

Jesús — No me lo recuerdes; de lo más macabro. Le abrieron... le sacaron las tripas...

León — (¡Lo han matado!)

Jesús — Completamente muerto: tranquilízate.

Elena — Sí, pero eso no resuelve nada.

Jesús — ¿Eh?

Elena — Sucede otra cosa más terrible aún. Un hermano de Adolfo...

Clar. — (Por la segunda derecha.) Mamá, en el comedor tienes la tila.

Elena — Voy. Ven, Jesús, tenemos que hablar. (Haciendo mutis por la derecha.) ¡Una cosa horrible!

Jesús — ¿Otra? Pues, señor, vamos a terminar todos cardíacos. (Mutis.)

Clar. — Pero, Leoncito, ¿qué pasa aquí que anda todo el mundo de cabeza?

León — (Preocupadísimo.) Es que suceden cosas, a lo mejor, que le erizan el cabello a un calvo.

Clar. — Pero nosotros solo tenemos que pensar en nuertro cariño, ¿verdad?

León — Sí, en nuestro cariño. (¡Pobre tío Toribio!)

Clar. — Ahora que estamos solos puedo decírtelo;

algunas veces dudo y me pregunto, ¿habrá muerto el amor de mi Leoncito?

León (Distraído y preocupado.) ¿Qué dices?

Clar. Que si ha muerto.

León (Horrorizado.) ¡Y le han hecho la autopsia!

Clar. ¡Pero León!

León Don Jesús lo acaba de decir.

Clar. ¿Pero a quien te refieres?

León Al difunto.

Clar. Es que yo te hablaba de nuestro cariño.

León Ah, sí; te quiero, te quiero. (Pobre tío Toribio.)

Clar. Anda, ven; vamos a ver cómo sigue mamá.

León Sí. (Autopsiado. ¡Ahora sí que no cabe la menor duda!) (Se van por la segunda derecha. Un momento de pausa y Pompeyo penetra sigilosamente por el balcón.)

Pom. ¡Nadie... nadie en este mundo se atrevería a venir aquí. Pero vengo porque necesito recuperar mis botas y mi americana, rescatar mis documentos y ¡qué demonio! ver si saco algo como Adolfo del Campo, ya que tengo el secreto de la superchería de doña Elena y sé lo de las treinta y cinco mil beatas. Menudo susto se va a llevar esta gente. (Buscando.) La cazadora no está y esto es un conflicto. Y a las botas les ocurre lo que a la cazadora y son dos conflictos. Decididamente tengo mala pata, porque si hoy en vez de ser hoy, fuera la víspera de Reyes, por lo menos las botas me las hubiera encontrado en el balcón. ¡Caray! Alguien viene. Me ocultaré. (Se oculta tras la hoja de madera del balcón.)

León (Por la derecha muy preocupado.) No se me borra de la imaginación la trágica muerte de mi pobre tío. ¡Autopsiarle vivo! ¡Dejarle sin tripas! Y resulta, por lo que he podido colegir, que había hecho un favor a doña Elena. Eso le reconcilia a mis ojos. He sido muy injusto con él. ¡Pobre tío Toribio! ¡Ni siquiera haberle comprado unas botas. Haberse ido al otro mundo con unas zapatillas, y estrechas!... ¡Que horror! (Se sienta en la «chaise-longue».)

Pom. A este no importa que le hable porque sabe que estoy vivo. Además, puede servirme

para anunciar a los demás... (Sentándose a su lado.) Leoncito.

León (Horrorizado.) ¡¡Ah!!

Pom. ¡No grites!

León ¡Usted!... ¡Vivo!

Pom. Vamos, hombre, no digas tonterías.

León Pero, ¿con qué tripas viene usted?

Pom. Con unas tripitas que... ya ya.

León ¿Pero no le han hecho a usted la autopsia?

Pom. ¿A mí?

León Sí, acaba de decirnos don Jesús... que ha visto a usted...

Pom. Ríete de eso.

León Pero...

Pom. Mira, Leoncito, tú eres una cándida paloma de la plaza de San Marcos de Venecia, y yo voy a ponerte al corriente de algo que tú no sabes. Yo soy Adolfo del Campo. Yo puedo hacer en esta casa algo grande, algo noble. ¡No me mires así! Algo noble. Puedo sembrar en esta familia el bien y la concordia; te lo juro. Busca a tu suegra, dila al oído que el Adolfo del Campo que ella necesita está aquí, que no padecía más que un ataque cataléptico; que cuando me llevaban en la camilla, volví en la camilla y que estoy aquí para ofrecerla mis respetos, ponerme a sus órdenes y darle las más expresivas gracias.

León Pero...

Pom. Vé, que no te pesará. ¡Ah! Y prepárala bien, que es cardíaca. Bueno, y de paso, búscame mis botas y mi americana; las necesito.

León Lo haré, sí, señor; pero si de todo esto resulta algo que me comprometa, le levantaré la tapa de los sesos; lo juro. (Mutis por segundo término de la derecha.)

Pom. ¡No jures en vano, hombre! Gracias a mi querido sobrino, esta combinación que he planeado en zapatillas me va a salir a pedir de boca. Bueno, ¿y por qué habrá dicho ese majadero de don Jesús que me habían hecho la autopsia? Es una bromita macabra que me hace menos gracia que el que me nieguen dos pesetas. Pasos de caballo sien-

to; ocultémonos nuevamente (Se oculta como antes.)

Elena (Entrando con León.) ¡Ay, pero es posible, León! No, no puede ser.

León Sí, señora.

Elena Pero si mi hermano Jesús le vió sobre la mesa de disección...

León Yo creo que don Jesús, en vez de ir al depósito judicial, estuvo en una sección de cinematógrafo.

Elena ¡Dios mío! Pero ¿dónde está?

León Se habrá ocultado para evitar la primera impresión. Allá veo sus zapatillas. Salga usted, caballero.

Pom. (Saliendo.) A sus pies, señora. (Se arroja a sus pies.)

Elena ¡Ay! Sí; es él. ¡Dios mío! ¡Y ahora me encuentro con dos Adolfos del Campo.

Pom. Querido pollo: necesito conversar a solas con esta virtuosísima dama. Huelgan, pues, los vocablos. Ocúpese de la devolución de mis prendas.

Elena Sí, León; te lo suplico.

León (Haciendo mutis por la derecha.) El Desierto de Sahara es una perra gorda de arena al lado de mi tío. (Mutis.)

Elena Caballero, yo le ruego que perdone la superchería de que le he hecho objeto.

Pom. Señora, usted puede superchearme cuanto guste.

Elena Hice mal, lo comprendo.

Pom. Hizo usted bien, señora. Usted buscaba una paz octaviánica para su hogar y deseaba exterminar en su marido el áspid venenoso de los celos, que corroe y aniquila. (Mejor no lo diría Chopenjuaguer.)

Elena Tiene usted razón; ese era mi objeto.

Pom. Pues bien, señora; voy a consumar el sacrificio.

Elena No comprendo.

Pom. Yo, como Adolfo del Campo, voy a disipar por completo los celos de don Napoleón.

Elena ¿Se atreverá usted a hacer esa comedia?...

Pom. Yo hago una comedia y una zarzuela en tres actos por servir a una amiga.

Elena ¡Gracias! ¡Cómo podré pagarle!...

Pom. A una dama se debe un caballero; pero, en fin, si se pone usted así... con mil pesetas me enajena de alegría.

Elena (Confusa.) Es poco...

Pom. Pues añada lo que guste.

Elena Digo que es poco correcto... Vamos, que me da fatiga entregarle dinero...

Pom. ¡Bah!

Elena Acaso sea mejor un objeto...

Pom. Muy bien; me da lo mismo; pero nada de bisutería, que no lo toman.

Elena Vaya, usted prefiere dinero.

Pom. Sí, señora; las cosas claras y el chocolate con picatostes.

Elena Pues aguarde un instante; vuelvo en seguida.

Pom. Señora, soy su esclavo. (Vase Elena por la segunda derecha) Bueno, a estas personas de abolengo ilustre, noble corazón y trato exquisito, da gusto el hacerles un favor. Corresponden con una esplendidez que le abochornan a uno. Sus mil quinientas no hay quien me las quite. Luego veremos cómo le saco a don Napoleón esas pesetillas que me adeuda.

León (Por la derecha.) Aquí tiene usted su americana y sus botas.

Pom. Trae; creí que no las volvería a ver. (Se pone la americana.)

León Acabo de ver a doña Elena así como muy contenta.

Pom. ¿No te lo dije? Pues ahora necesito que me hagas un nuevo favor, Leoncito.

León ¿Eh?

Pom. Busca a don Napoleón y prepárale de igual manera que hiciste con doña Elena. Adolfo del Campo vive, la catalepsia, la vuelta, está ahí; en fin, ya sabes. Va en ello la felicidad de tu futura suegra.

León Bien; voy. No entiendo una palabra de esto, pero voy. Ya usted me lo explicará algún día.

Pom. Sí, hombre, pero ahora no hagas cábalas porque acabarías con una meningitis.

León Voy. (Vase por la derecha.)

Pom. (Viéndole ir.) Cómo se ha amansado este León.

Elena (Por la segunda derecha.) Aquí tiene usted, caballero. (Le da un sobre y dentro de él un billete de mil pesetas.)

Pom. (Tomando el sobre.) Señora, mil quinientas gracias, y me quedo corto. Con su permiso, voy a ver los grabados de los billetes, que me son tan desconocidos como la capital de Rumanía. Y vuelvo a repetirle las mil quinientas. (Sacando un billete del sobre.) (Pues no son más que mil; la plancha es de las de ovación.) (Por el billete.) Será cambiable.

Elena ¡Caballero!

Pom. No, no lo dudo, ni puedo dudar de su honradez; pero aquí, donde se falsifican hasta los calamares, tiene uno que tomar sus medidas.

Elena Ahora, espero de su amabilidad que me explique cuáles son sus proyectos.

Pom. Nada más justo. Hablaré a don Napoleón como yo sé hacerlo; le diré a don Napoleón que Elena no es Elena, sino Santa Elena, y le prometeré solemnemente marchar de nuevo a Buenos Aires y no volver a España aunque me nombraran Director general del Tesoro.

Elena Gracias, caballero; deberé a usted mi felicidad.

Pom. Si fuese necesario emplearía medios aún más contundentes que el que acabo de ofrecer a su alta consideración. Tengo recursos para todo.

León (Por la primera derecha.) Ahora mismo vendrá don Napoleón.

Elena ¿También se ha valido usted de Leoncito?

Pom. Este joven, tratándose de la felicidad de usted, llega, como yo, al sacrificio.

Elena Gracias. León.

Pom. (A León.) ¿Qué ha sucedido?

León Pues que entré en la sala de billar donde estaba jugando a carambolas con un amigo, le llamé aparte y ¡zás! se lo conté todo rápidamente.

Pom. ¿Y qué dijo?

León Soltó un taco, se puso lívido, se pasó la mano por la frente, se mordió un dedo y soltó dos tacos más.

Pom. Pero ¿con cuántos tacos juega su esposo de usted?

Elena Con uno de Malaca.

Pom. Adelante.

León Luego comenzó a gritar... ¡vivo! ¡vivo! Por cierto que el otro señor, que estaba pensando una carambola, objetó: «No me metas prisa, que es muy difícil.» Y, por último, me dijo don Napoleón: ¡Está bien! Cuando acabe las dos carambolas que me faltan, iré a entendérmelas con ese hombre.

Pom. (Escamado.) ¿Dijo a entendérmelas con ese hombre?

León Sí. señor, y comenzó a dar tiza como si fuera a destapar una botella.

Pom. ¡Atiza!

Elena Por Dios, caballero, serenidad, mucha serenidad. Napoleón es algo brusco y vehemente, pero es bueno en el fondo. No vacile y sálveme.

Pom. Seré estoico como una esfinge. Pueden marcharse. Confíe en mí.

Elena Vamos, León. (¡Dios le tenga de su mano!)

León (Aparte a Pompeyo.) ¡Tío Toribio!...

Pom. ¡Toribio de la Sierra ha muerto! (Hacen mutis por la segunda derecha Elena y León.) Bueno, el tío es de cuidado; bruto, celoso y Napoleón; pero con peores intenciones los he toreado yo. Vendrá como para leerme un epigrama; pero, en fin, yo voy a lo mío y Cristo con todos. (Viendo entrar a Napoleón con un taco en la mano.) ¡El de la tiza!

Nap (Desencajado y lívido.) ¡Sí, era cierto! ¡Vivo!

Pom. Vivo y agradecidísimo a las atenciones de que he sido objeto en esta casa.

Nap ¡Vivo! ¡Ira de...! ¡Malhaya mil...

Pom. Suéltelos.

Nap. ¿Qué?

Pom. Digo que suelte esos dos tacos, el de Malaca y ese otro de malhaya mi... que tengo curiosidad por saber a qué se refiere.

Nap Caballero, no admito burlas de nadie, y menos de la persona a quien más abomino en este mundo.

Pom. ¡Me abomináis!

Nap. Sí, le odio, le odio; porque fué usted el pri-

mero que vertió en los oídos de Elena las primeras palabras de amor.

Pom. Sí, fueron de amor, porque yo la idolatraba, porque ella era el imán de mi vida, por que hubiera dado por una sonrisa suya, no ya un mundo, como don Gustavo Adolfo, etcétera, sino todo un sistema de planetas radiantes.

Nap (Con fiereza.) ¡Aaah! ¡Basta!

Pom. (¡Caray, qué repente!)

Nap Uno de los dos está demás.

Pom. Servidor de usted, que no hace nada.

Nap Deseo batirme con usted, pero pronto, a pistola, a cuatro pusos, cañón rayado, una cargada y otra descargada.

Pom. Acepto; la cargada para mí.

Nap ¡No admito chacotas!

Pom. Pero antes precisa que liquidemos; señor Coronel, me adeuda usted treinta y cinco mil pesetas. Cuando hay deudas no se puede acudir al terreno del honor; esto, señor Coronel, es general.

Nap. (Sublime.) Tendré el gusto de arrojarle ahora mismo a la cara esos billetes.

Pom. Métalos usted en un sobre para que no se desparramen. (Mutis Napoleón por la primera derecha.) Bueno; después que me entregue los pápiros, se va a batir con el oxígeno de la atmósfera, porque lo que es conmigo...

César (Por la izquierda, de muy mal talante.) Buenas noches.

Pom. Para servir a usted. (¿Quién será? También trae una carita...)

César Me han dicho que estaba aquí el señor Coronel.

Pom. No tardará.

César Juro por Dios vivo que ha de oirme. Conmigo no se juega como con un trompo.

Pom. ¿Qué le sucede a usted, caballero?

César Que he sido objeto en esta casa de una broma funeraria que no estoy dispuesto a tolerar.

Pom. ¿Funeraria?

César Sí, señor, funeraria. Me dijo el señor Coronel que a mi hermano se lo habían llevado muerto al depósito de cadáveres.

Pom. ¡Retumba! ¿Cómo se llama su hermano?

César Adolfo del Campo.

Pom. ¡Reciprés! (Se sienta sin fuerzas.)

César ¿Eh? ¿Qué le ocurre?

Pom. Nada, un ligero mareo. De manera que ha ido usted al Depósito judicial.

César Sí, señor, y allí no hay cadáver ninguno.

Pom. (Los camilleros andarán locos buscándome.)

César Este don Napoleón Coronel es un sinvergüenza.

Pom. (Este tío me lo estropea todo.)

César Un sinvergüenza y un mal nacido.

Pom. El mal nacido lo es usted. Debe usted tener consideración con un pobre neurasténico cuyo cerebro no rige.

César ¡Caballero, esas palabras!...

Pom. Son las del médico de cabecera.

César Me refiero a su insulto. ¿Quién es usted?

Pom. Un primo del señor Coronel, que vela por su honor.

César Pues bien, ahí va mi tarjeta. (Se la da.)

Pom. Y ahí va la mía, caballero. (Saca una tarjeta del bolsillo y lee.) (Faustino Cabo Palomares. No tengo otra.) (Se la da.)

César (Leyendo la tarjeta.) Creí que sería usted Coronel.

Pom. No, señor; soy Cabo nada más.

César Perfectamente; recibirá usted mis padrinos.

Pom Los aguardaré con impaciencia; pero hágame el favor de retirarse ahora mismo, o no respondo de lo que pase aquí.

César Sí, me voy.

Pom. (Casi empujándole.) ¡Pero, pronto, pronto!

César (Haciendo mutis.) ¡Caracoles, qué genio! (Vase.)

Pom. (Respirando a sus anchas.) ¡Gracias a Dios! ¡Hay recursos para todo!

Nap. (Por donde se fué. Trae un sobre con billetes.) Aquí tiene usted su dinero. Saldada esta cuenta, sólo me resta que yo le arranque la vida.

Pom. (Contando los billetes.) Uno, dos, tres, cuatro... no es que desconfíe, caballero; cinco, seis, siete...

César (Entrando de nuevo con la tarjeta que le dió Pompeyo en la mano.) En esta tarjeta no constan las señas...

Pom. (¡La erupción del Vesubio!)

Nap. (¡El hermano!)

Pom. (Tomando la tarjeta.) Bueno, las pondré; espérate un poco. (Escribe.)

César (¡Me tutea!)

Nap. (A César.) Señor del Campo, debo a usted una satisfacción y voy a dársela en el acto.

César (Muy enérgico.) A mí no tiene usted que darme explicaciones. Usted es un pobre desequilibrado y, por lo tanto, un irresponsable.

Nap. ¿Qué dice? ¡Caballero!

Pom. (Dándole la tarjeta y acompañándole hasta la puerta.) Ahí están las señas: pronto, fuera, a la calle.

Nap. (A Pompeyo.) Es que me ha dicho...

Pom. (A Napoleón.) Aquí quedo yo. (A César.) Vete.

César (Pero, ¿por qué me llamará de tú?) (A Pompeyo.) ¡Mañana, a las ocho!

Pom. No faltaré.

Nap. (A Pompeyo.) ¡Señor del Campo!

César (Ya en la puerta.) ¿Eh?

Nap. (A César.) Es a su hermano.

César (Por Napoleón.) Está para que lo encierren en una jaula. (Vase.)

Nap. (A Pompeyo, con ira.) ¡Señor del Campo! Mañana a las ocho no irá usted a ver a su hermano, porque a las siete habré cortado yo el hilo de su existencia.

Pom. (Tras un suspiro.) Puede usted jurarlo, señor Coronel, porque yo mañana me dejaré matar.

Nap. ¿Eh?

Pom. (Enfático, sublime.) Si el proyectil de su pistola no me atraviesa el corazón, la bala de la mía acabará con esta vida miserable.

Nap. Pero eso es un suicidio.

Pom. ¡Sí, un suicidio; pero mi resolución es irrevocable! Debo morir, quiero morir y moriré.

Nap. ¡Señor del Campo!

Pom. ¡Moriré! Pero antes de fallecer deseo hacer una confesión. (Tétrico.) Señor Coronel... es un condenado, un moribundo, el que le suplica llame usted a su esposa.

Nap ¿Eh?

Pom. Al borde del sepulcro, ni el más villano

miente. Llame usted a su esposa. Va en ello la tranquilidad de usted.

Nap. ¡Sea! (¿Qué le irá a decir?) (Se acerca a la segunda puerta de la derecha y grita.) ¡Elena! ¡Elena!

Pom. (Voy a hacer una escena, que si doña Elena es agradecida, apoquina las quinientas que me faltan.)

Nap. ¡Elena!

Jesús (Por la segunda derecha) ¿Qué sucede?

Nap. No es a ti a quien llamo.

Pom. Me hacen falta testigos, don Napoleón.

Jesús (Viendo a Pompeyo.) (¡Borrego! ¡Menuda plancha! Yo que dije que le había visto hacer la autopsia.)

Elena (Por la segunda puerta de la derecha, seguida de Clara y León.) ¿Me llamabas?

Nap. Sí, pasa.

Clar (A Elena.) Mamá, serenidad.

León (Esto tiene más interés que el Conde de Montecristo.)

Elena (Estoy temblando.)

Nap. Elena, escucha. (A Pompeyo.) Caballero, puede usted hacer su confesión.

Jesús (Va a decir que no es Adolfo del Campo, y esto va a ser un segundo Austerlitz.)

Pom. (Grandioso y conmovidísimo.) ¡Elena!... Cuatro años de burlas, desprecios y execraciones hiciéronme odiar la vida. Por no verte y matarte, huí a Buenos Aires; pero en mi corazón llevaba un huracán y en mi mente un remolino, y a los tres meses emigré a Méjico, porque con aquel remolino y aquel huracán no podía yo estar en Buenos Aires. Pero tampoco en Méjico hallé lenitivo a mis dolores: fuime a Tampico, y tampoco, desesperado, volví a España para acabar con tu existencia y con la mía; pero al verme en tu casa, Elena, al pensar que te tenía cerca de mí, ya lo viste, creí fallecer. Pues bien, todo acabó, Elena; voy a morir. Te perdono... pero deseo escuchar de tus labios esas mismas palabras: la palabra perdon. (Cae de rodillas.)

Elena Sí, Adolfo; te perdono.

Nap. (Conmovido.) ¡Elena! (Se levanta Pompeyo.)

Elena ¡Napoleón!

Pom. (¡Me da las quinientas!)

Nap. (A Pompeyo.) Caballero, veo en usted un mártir; queda roto el duelo.

Pom. (Enjugándose una lágrima.) ¡Ay de mí!

León (Entusiasmado.) (¡Mi tío es un monumento!)

Pom. (A Napoleón.) Mañana repartiré estas treinta y cinco mil pesetas entre mis acreedores... (Todos se miran asombrados.) y en cuanto pueda reunir dos mil pesetas más, partiré para el centro de Africa. No quiero que nadie sepa cómo y cuándo muero, para evitar remordimientos.

Nap. Puede usted irse pasado mañana. Yo le daré ahora mismo esa cantidad. (Se va don Napoleón por la primera derecha.)

Pom. (Compugido.) ¡Qué grande es Napoleón!

Jesús (A Pompeyo.) ¿Pero es que se va usted a llevar esas treinta y cinco mil pesetas?

Clar. ¡Qué abuso!

Jesús ¿No comprende usted que mañana tengo yo que entregárselas al señor del Campo, para evitar una catástrofe?

Pom. Usted es rico.

Elena Déjale, Jesús; más vale mi tranquilidad.

Clar. Dice bien mamá.

Pom. ¡Claro! La señora es cardíaca, y los disgustos...

León (A Pompeyo.) ¿Pero de verdad se va usted al centro de Africa?

Pom. Me quedaré en Tánger para poner un cinematógrafo.

Nap. (Entrando por donde se fué.) Señor del Campo... (Dándole dos billetes de a mil pesetas.) Acéptelos usted como de un amigo cariñoso.

Pom. (Secándose las lágrimas.) No le guardo a usted rencor. ¡Estos son mis brazos!

Nap. ¡Sí! (Se abrazan.)

Pom. Señores, muy buenas noches. (Cogiendo del suelo las botas.) Con el permiso de ustedes. Ahora sí que me voy a poner las botas. (En la puerta.) (¡Soy más grande que la creación del mundo!) ¡Elena! ¡Hasta nunca! (Se va llorando.)

TELON

Obras de Enrique García Alvarez

Apuntes al lápiz.
Al toque de ánimas.
La trompa de caza. (2.ª edición.)
Salomón.
La candelada.
El señor Pérez.
El niño de Jerez.
Figuras del natural (revista.)
El gran Visir.
La casa de las comadres.
Los diablos rojos.
Todo está muy malo! (2.ª edic.)
Las escopetas.
La zíngara.
La marcha de Cádiz (13.ª edic.)
Sombras chinescas.
Los cocineros (4.ª edición.)
El arco iris. (2.ª edición.)
Los rancheros (3.ª edición.)
Historia natural.
El fin de Rocambole.
Las figuras de cera.
Churro Bragas (parodia) (3.ª edic.)
Alta mar (4.ª edición.)
Concurso universal.
Los Presupuestos de Ex-Villapierde (6.ª edición.)
La alegría de la Huerta (10 edic.)
El Missisipí (2.ª edición.
La luna de miel (2.ª edición.)
Las venecianas.
Los gitanos.
La torta de Reyes.
Los niños llorones (3.ª edición.)
La boda. (Letra y música.)
La muerte de Agripina.
La cuarta del primero. (Letra y música.)
El terrible Pérez (4.ª edición.)
El famoso Colirón.
El pícaro mundo. (2.ª edición.)
La primera verbena.
¡Pobre España!
Congreso feminista.
El palco del Real.
El pobre Valbuena (6.ª edición)
El perro chico. (4.ª edición.)
La reja de la Dolores. (3.ª edic
El iluso Cañizares. (3.ª edición)
El ratón. (3.ª edición.)
El pollo Tejada. (3.ª edición.)
El noble amigo. (2.ª edición.)
El distinguido Sportsman.
La edad de hierro. (Letra y música
La gente seria.
La suerte loca.
Alma de Dios. (4.ª edición.)
Hasta la vuelta.
El hurón.
Felipe segundo.
La comisaría. (Reformada.) (Letra y música.)
El método Górritz. (3.ª edición.)
Mi papá. (2.ª edición.)

La primera conquista.
El amo de la calle. (Música.)
Genio y figura. (2.ª edición.)
El trust de los Tenorios.
Gente menuda.
El género alegre. (Música.)
El príncipe Casto.
El fresco de Goya. (2.ª edición.)
El cuarteto Pons.
Las cacatúas.
El bueno de Guzmán. (Letra y música.)
La catástrofe de Burgos.
Ideal festín. (Música.)
La Corte de Risalia.
El maestro Vals. (Letra y música.)
Los chicos de Lacalle.
El alma de Garibay.
La Venus de piedra. (Letra y música.)
Fúcar XXI. (Letra y música.)
Pastor y Borrego. (2.ª edición.)
La niña de las planchas.
Las vírgenes paganas.
La frescura de Lafuente. (2.ª edición.)
La casa de los crímenes.
La Remolino.
La escala de Milán.
La conferencia de Algeciras
El verdugo de Sevilla. (2.ª edic.)
El último Bravo. (2.ª edición.)
La locura de Madrid.

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Décima edición).

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa.

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir á tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía; pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La niña de las planchas, entremés lírico.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.

La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto.

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

La Remolino, sainete en un acto.

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Los que fueron, entremés en prosa.

La escala de Milán, apropósito.

La conferencia de Algeciras, apropósito.

El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)

Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.

El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.

Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.

LA CASA MAS SURTIDA EN
COMEDIAS
DE
JOSÉ GONZÁLEZ
JACOME TREZO, 65 MADRID